

# Jacques Lacan

## Clase 1 1º de Diciembre de 1965

Señoras, señores, señor Director de la Escuela Normal Superior que han querido, en este recinto de la Escuela donde yo no soy más que un huésped, hacerme el honor de vuestra presencia hoy:

La estructura (1) del sujeto en el psicoanálisis, ¿diremos que lo hemos fundado el año pasado?. Llegamos al final a establecer una estructura que da cuenta del estado de hendija, de spaltung donde el psicoanálisis (2) lo localiza en su praxis.

El psicoanalista localiza esta división (3) en cierto modo cotidiana. La admite en la base, puesto que ya el sólo reconocimiento del inconsciente para motivarla, y tanto que también lo inunda, si puedo decirlo así, con su constante manifestación. Pero para que sepa lo que sucede con su praxis, o tan sólo para que lo dirija conforme con lo que le es accesible, no basta con que esta división sea para él un hecho empírico, ni siquiera que el hecho empírico haya tomado forma de (4) paradoja. Se necesita cierta reducción, a veces de realización larga, pero siempre decisiva en el nacimiento de una ciencia, reducción que constituye propiamente su objeto. Es lo que la epistemología se propone definir en cada caso y en todos, sin haberse mostrado a nuestros ojos por lo menos, cumplido (5) su tarea. Pues no sé que haya dado cuenta plenamente por este medio de la definición del objeto, de esa mutación decisiva que por la vía de la física funda La ciencia, en el sentido moderno, sentido que se toma como absoluto. Esta posición de la ciencia se justifica por un cambio de estilo radical en el tempo de su progreso, de la forma galopante de su inmixin en nuestro mundo, de las reacciones en cadena que caracterizan lo que podemos llamar las expansiones de su energética. Para todo eso nos parece ser radical una modificación en nuestra posición de sujeto, en el doble sentido de que es allí inaugural y de que la ciencia la refuerza más y más.

Koyré es aquí nuestro guía y es sabido que se le conoce todavía mal. Así pues, no ha dado ahora el paso que concierne a la creación como ciencia (6), del psicoanálisis. Pero pudo observarse que tomé como hilo conductor el año pasado cierto momento del sujeto que considero como un correlato esencial de La ciencia: un momento históricamente definido del que tal vez nos queda por saber si es estrictamente repetible en la experiencia, aquel que Descartes inaugura y que se llama cogito. Este correlato, como momento, es el desfiladero de un rechazo de todo saber, pero por ello pretende dejar al sujeto cierto amarre en el ser, del que sostenemos constituye el sujeto de la ciencia, en su definición término que debe tomarse en el sentido de puerta angosta. Ese hilo no nos guió en vano, puesto que nos llevó a formular al final del año nuestra división experimentada del sujeto, como división entre el saber y la verdad, acompañándola de un modelo topológico, la banda de Moebius, que hace entender que no es de una distinción de origen de donde debe provenir la división en que esos dos términos vienen a reunirse. Que releerá a las luces que puede aportar la técnica a la técnica de la lectura, su enseñanza sobre Freud, —este artículo donde Freud nos lega el término Spaltung sobre el que la muerte le hace abandonar su pluma— y remitirá a los artículos sobre Fetichismo de 1927 y sobre La pérdida de la realidad... de 1924, aquel que apreciara si no es evidente que lo que motiva en Freud una revisión doctrinal que él acentúa en el sentido de una tópica (7), es una preocupación por elaborar una dimensión que se puede decir propiamente estructural, ya que es la relación entre estos términos y su retoma dialéctica en su experiencia, los que solos dan apoyo a su progreso. Lejos de suponer alguna entificación de aparato, por decirlo todo que la Ichspaltung, escisión del yo sobre la que se abate su mano es al sujeto al que ella nos apunta como término a elaborar. Después de lo cual el principio de realidad pierde toda la ambigüedad (8) que lo marcaría en Freud, si se incluye ahí la realidad psíquica. Este principio no tiene otra función definible que la de conducir al sujeto de la ciencia.

Y basta pensar en ello para que inmediatamente tomen su campo estas reflexiones que nos prohibimos como demasiado evidentes. Por ejemplo: que es impensable que el psicoanálisis como práctica, que el inconsciente, el de Freud, como descubrimiento, hubiesen tenido lugar antes del nacimiento, del siglo que ha sido llamado el

siglo del genio, el XVII, de la ciencia, tomando esto en el sentido absoluto indicado en su momento, sentido que no borra sin duda lo que se ha instituido bajo este mismo nombre anteriormente, pero más que encontrar allí su arcaísmo, tira del hilo hacia sí de una manera que muestra mejor su diferencia respecto de todo otro. Una cosa es segura: si el sujeto está efectivamente allí, a nivel (9) de esta diferencia, toda referencia humanista se hace superflua, puesto que es a ella a la que corta en seco (10).

No apuntamos, al decir esto del psicoanálisis y del descubrimiento de Freud, ese accidente, a que sea porque sus pacientes vinieron a él en nombre de la ciencia y del prestigio que confiere a fines del siglo XIX a sus servidores, incluso de grado inferior, por lo que Freud logró fundar el psicoanálisis, descubriendo el inconsciente.

Decimos, contrariamente a lo que suele bordarse sobre una pretendida ruptura de Freud con el cientificismo de su tiempo, que ese cientificismo mismo, si se tiene a bien designarlo en su fidelidad a los ideales de un Brücke, a su vez transmitidos del pacto al que un Helmholtz y un Du Bois-Reymond se habían consagrado de hacer entrar a la fisiología y a las funciones del pensamiento consideradas como incluidas en ella en los términos matemáticamente determinados de la termodinámica llegada a su casi acabamiento en su tiempo, el que condujo a Freud, como sus escritos nos lo muestran, a abrir la vía que lleva su nombre a la eternidad.

Decimos que esta vía no se desprendió nunca de los ideales de ese cientificismo, ya que así lo llama, y que la marca que ella aporta no es contingente sino que sigue siéndole esencial. Que es por esa marca por la que conserva su crédito, a pesar de las desviaciones a las cuales se ha prestado, y esta es la medida en que Freud se opuso a esas desviaciones, siempre con una seguridad sin vacilaciones y un rigor inflexible.

Prueba de ello es su ruptura con su adepto más prestigioso, Jung concretamente, apenas se deslizó hacia algo cuya función no puede definirse sino como la de intentar restaurar en ella un sujeto dotado de profundidades — este último término en plural—, lo cual quiere decir un sujeto compuesto de una relación con el saber, relación llamada arquetípica, que no se redujese a la que le permite la ciencia moderna con exclusión de toda otra, la cual no es nada más que la relación que definimos el año pasado como puntual y evanescente, esa relación con el saber que de su momento históricamente inaugural ha conservado el nombre de cogito a ese origen indudable, patente en todo el trabajo de Freud, a la lección que nos deja como jefe de escuela, se debe el que el marxismo no tenga alcance —y no sé de ningún marxista que halla mostrado en ella alguna existencia— para poner en entredicho su pensamiento en nombre de sus lazos históricos.

Quiero decir concretamente: en la sociedad de la doble monarquía, para los límites judaizantes donde Freud queda confinado en sus aversiones espirituales; con el orden capitalista que condiciona su agnosticismo político —¿Quién de ustedes nos escribirá un ensayo, digno de Lamennais, sobre la indiferencia en materia de política?—; añadiré: en la ética burguesa, por la cual la dignidad de su vida viene a inspirarnos un respeto que llena la función de inhibir el que su obra haya realizado, de otro modo que en el malentendido y la confusión, el punto de encuentro de los únicos hombres de la verdad que nos quedan, el agitador revolucionario, el escritor que con su estilo marca la lengua, —yo sé en quién estoy pensando—, ese pensamiento que renueva al ser y cuyo precursor tenemos.

Se siente la prisa que tengo de emerger de tantas precauciones tomadas para volver a llevar a los psicoanalistas a sus certidumbres menos discutibles.

Tengo sin embargo que volver a pasar por ahí todavía, aunque fuese al precio de algunas pesadeces (11).

Decir que el sujeto sobre el que operamos en psicoanálisis no puede ser sino el sujeto de la ciencia puede parecer paradoja. Es allí, sin embargo, donde debe tomarse un deslinde a falta del cual todo se mezcla y empieza una deshonestidad que llama por otra parte objetiva: pero es falta de audacia y falta de haber detectado el objeto que se raja. De nuestra posición de sujeto somos siempre responsables. Que eso se llame terrorismo donde se quiera. Tengo derecho a sonreír, pues no es en un medio donde la doctrina es abiertamente materia de compromisos, donde yo temería ofuscar a nadie formulando que el error de buena fe es entre todos el más imperdonable. La posición del psicoanalista no deja escapatoria, puesto que excluye la ternura del alma bella. Si también es paradoja decir esto, también es acaso la misma.

Sea como sea, establezco que toda tentativa, o incluso tentación, en que la teoría corriente no cesa de ser liberada de encarnar más allá al sujeto, es errancia, siempre fecunda en error, y como tal equivocada. Así encarnarlo en el hombre, el cual regresa con ello al niño. Pues ese hombre será allí el primitivo, lo que falseará todo lo del proceso primario, del mismo modo que el niño desempeñará el papel de subdesarrollado, lo cual enmascarará la verdad de lo que sucede, durante la infancia, de original. En una palabra, lo que Claude Lévi-Strauss ha denunciado como ilusión arcaica es inevitable en el psicoanálisis si no nos mantenemos firmes en teoría sobre el principio que hemos enunciado hace un momento: que en él un sólo sujeto es recibido como tal, el que puede hacerlo científico.

Es decir bastante que sostenemos que el psicoanálisis no demuestra aquí ningún privilegio.

No hay ciencia del hombre, cosa que debe entenderse en el mismo tono que no hay pequeñas economías. No hay ciencia del hombre, porque el hombre de la ciencia no existe, sino únicamente su sujeto. Es bien conocida mi repugnancia de siempre por la apelación de ciencias humanas, que me parece ser el nombre mismo de la servidumbre. Es también que el término es falso, dejando de lado a la psicología que ha descubierto los medios de sobrevivirse en los servicios que ofrece a la tecnocracia; o incluso, como concluye con un humor verdaderamente swiftiano un artículo sensacional de Canguilhem: en una resbalada de tobogán desde el panteón a la prefectura de policía. Así, es en el nivel de la selección del creador en la ciencia, del reclutamiento de la investigación y de su mantenimiento, donde la psicología encontrará el escollo de su empleo.

En cuanto a todas las otras ciencias de esta clase, se vera fácilmente que no forman una antropología. Examínese a Lévy-Bruhl o a Piaget. Sus conceptos, mentalidad llamada prelógica, pensamiento o discurso pretendidamente egocéntrico, no tiene referencia sino es la mentalidad supuesta, al pensamiento presumido, al discurso efectivo del sujeto de la ciencia, no decimos del hombre de la ciencia. De manera que demasiado saben que los límites, mentales ciertamente, la debilidad de pensamiento, presumible, el discurso efectivo, de poco algodón (12) del hombre de ciencia —lo cual sigue siendo diferente— viene a lastrar estas construcciones, no desprovistas sin duda de objetividad, pero que no interesan a la ciencia sino en la medida en que no aportan nada sobre el mago, por ejemplo, y poco sobre la magia, aunque algo sobre sus rastros, y aún esos rastros son del uno o del otro puesto que no es Lévi-Bruhl quién los ha trazado —mientras que el balance en el otro caso es más severo: no nos aporta nada sobre el niño, poco sobre su desarrollo, puesto que falta lo esencial, y de la lógica que demuestra, quiero decir el niño de Piaget, en su respuesta a unos enunciados cuya serie constituye la prueba, nada distinto de la que precedió a su enunciación para fines de prueba, es decir la del hombre de ciencia, donde el lógico, no lo niego, ocasionalmente conserva su precio.

En ciencias mucho más válidas, incluso si su título debe revisarse, comprobamos que el prohibirse la ilusión arcaica que podemos generalizar en el término de psicologización del sujeto, no traba en modo alguno su fecundidad.

Ejemplo de ello la teoría de los juegos, mejor llamada estrategia, donde se aprovecha el carácter enteramente calculable de un sujeto estrictamente reducido a la fórmula de una matriz de combinaciones significantes.

El caso de la lingüística es más sutil, puesto que debe integrar la diferencia de lo enunciado y la enunciación lo cual es ciertamente la evidencia esta vez del sujeto que habla, en cuanto tal, y no del sujeto de la ciencia. Por eso se va a centrar sobre otra cosa, a saber la batería del significante, cuya prevalencia sobre esos efectos de significación se trata de asegurar. Es también efectivamente por este lado por donde aparecen las antinomias, que se dosificarán según el extremismo de la posición adoptada en la continuación de este objeto. Lo que puede decirse es que se va muy lejos en la elaboración de los efectos del lenguaje, puesto que puede construirse en ella una poética que no debe nada a la referencia, al espíritu del poeta, como tampoco a su encarnación. Es por el lado de la lógica por donde aparecen los índices de refracción diversas de la teoría lingüística con relación al sujeto de la ciencia. Son diferentes para el léxico, para el morfema sintáctico y para la sintaxis de la frase. He ahí las diferencias teóricas entre un Jakobson, un Hjelmslev y un Chomsky.

Es la lógica la que llena aquí el oficio de ombligo del sujeto, y la lógica en cuanto que no es en modo alguno lógica ligada a las contingencias de una gramática.

Es preciso literalmente que la formalización de la gramática dé un rodeo en torno a esa lógica para establecerse con éxito, pero el movimiento de ese rodeo esta inscripto en ese establecimiento. Indicaremos más tarde, cómo se sitúa la lógica moderna (13). Es innegablemente la consecuencia estrictamente determinada de una tentativa como lo hemos visto el año pasado de suturar al sujeto de la ciencia, y el último teorema de Gödel muestra que fracasa, lo cual quiere decir que el sujeto en cuestión sigue siendo el correlato de la ciencia, pero un correlato antinómico puesto que la ciencia se muestra definida por el no-éxito del esfuerzo para suturarla.

Aquí debe captarse la marca infaltable del estructuralismo. Introduce en toda ciencia humana —entre comillas—, que conquista un modo muy especial del sujeto, aquél para el que no encontramos un índice si no es topológico, digamos el signo generador de la banda de Moebius que llamamos el ocho interior.

El sujeto está, si puede decirse, en exclusión interna de su objeto. La pertenencia que la obra de Claude Lévi-Strauss manifiesta a semejante estructuralismo sólo se pondrá aquí en el haber de nuestra tesis contentándonos por ahora con su periferia. Sin embargo está claro que el autor hace valer tanto mejor el alcance de la clasificación natural que el salvaje introduce en el mundo, —especialmente para el conocimiento de la fauna y de la flora— que, como subrayó él, nos sobrepasa, cuanto que puede argüir sobre cierta recuperación, que se anuncia en la química, de una física de las cualidades de sabor y olor, dicho de otra manera de una correlación de los valores perceptivos con una arquitectura de moléculas a la que hemos llegado por la vía del análisis combinatorio, dicho de otra manera por la matemática del significante, como en toda ciencia hasta ahora.

El saber pues esta aquí ciertamente separado del sujeto según la línea correcta, que no plantea ninguna hipótesis sobre la insuficiencia de su desarrollo, la cual por lo demás sería bien difícil demostrar.

Hay más: cuando Claude Lévi-Strauss, después de haber extraído la combinatoria latente en las estructuras elementales del parentesco, nos da testimonio de que tal informador, para utilizar el término de los etnólogos, es perfectamente capaz de trazar él mismo su gráfica levistraussiana, ¿qué nos dice, sino que extrae allí también al sujeto de la combinatoria en cuestión, aquel que en su gráfica no tiene más existencia que la denotación ego?. Al demostrar el poder del aparato que constituye el mitema para analizar las transformaciones mitógenas, que en esta etapa parecen instituirse en una sincronía que se simplifica en su reversibilidad, Claude Lévi-Strauss no pretende entregarnos la naturaleza del mitante. Sabe aquí tan sólo que su informador, si bien es capaz de escribir lo crudo y lo cocido, salvo por el genio que pone su marcha, a la vez no puede hacerlo sin dejar en el guardarropa, es decir en el Museo del Hombre, a la vez cierto número de instrumentos operatorios, dicho de otra manera rituales, que consagran su existencia de sujeto en cuanto mitante, y sin que con ese depósito se rechace fuera del campo de la estructura lo que en otra gramática se llamaría su asentimiento. —a la *grammaire de l'assentiment* (14) del cardenal Newman, no le falta fuerza, aunque haya sido forjado para fines execrables, y tal vez tendré que mencionarlo de nuevo.

El objeto de la mitogenia no está pues, ligado a ningún desarrollo, ni tampoco detención, del sujeto responsable. No es con ese sujeto con el que se relaciona, sino con el sujeto de la ciencia. Y su diagrama se hará tanto más correctamente cuanto más cercano esté el informante a reducir su presencia a la del sujeto de la ciencia. Creo únicamente que Claude Lévi-Strauss haría reservas sobre la introducción, en la recopilación de los documentos, de un interrogatorio inspirado en el psicoanálisis, de una recolección seguida de los sueños por ejemplo, con todo lo que va a alimentar de relación transferencial. ¿Por qué, si le afirmo que nuestra praxis, lejos de alterar al sujeto de la ciencia del que únicamente puede y quiere saber, no aporta de derecho ninguna intervención que no tienda a que se realice de manera satisfactoria, precisamente en el campo que le interesa?. ¿Quiere decir pues que un sujeto no saturado, pero calculable, constituiría el objeto que subsume, según las formas de la epistemología clásica, el cuerpo de las ciencias que llamaríamos conjeturales, cosa que yo mismo he opuesto al término de ciencias humanas?.

Me parece tanto menos indicado cuanto que ese sujeto forma parte de la coyuntura que hace a la ciencia en su conjunto. La oposición de las ciencias exactas a las ciencias conjeturales no puede sostenerse ya desde el momento en que la conjetura es susceptible de un cálculo exacto (probabilidad) y en que la exactitud no se funda sino en un formalismo que separa axiomas y leyes de agrupación de los símbolos.

No podríamos sin embargo contentarnos con comprobar que un formalismo tiene más o menos éxito, cuando se trata en último término de motivar su apresto que no ha surgido por milagro, sino que se renueva según crisis tan eficaces, desde que parece haberse encontrado en ellas cierto hilo recto. Repitamos que hay algo en el estatuto del objeto de la ciencia que no nos parece elucidado desde que la ciencia nació. Y recordemos que, aunque ciertamente plantear ahora la cuestión del objeto del psicoanálisis es volver sobre la cuestión que hemos introducido desde nuestra llegada a esta tribuna, de la posición del psicoanálisis dentro o fuera de la ciencia, hemos indicado también que esa cuestión no podría resolverse sin que sin duda se modifique en ella la cuestión del objeto en la ciencia como tal.

El objeto del psicoanálisis —anuncio mi color y ustedes lo ven venir con él—, no es otro sino lo que he adelantado ya de la función que desempeña en él el objeto . ¿El saber sobre el objeto sería entonces la ciencia del psicoanálisis?.

Es muy precisamente la fórmula que se trata de evitar, puesto que ese objeto debe insertarse, ya lo sabemos, en la división del sujeto por donde se estructura muy especialmente, —de eso es de donde hemos partido hoy—, el campo psicoanalítico.

Por eso era importante promover primero, y como un hecho que debe distinguirse de la cuestión de saber si el psicoanálisis es una ciencia —si su campo es científico—, ese hecho precisamente de que su praxis no implica otro sujeto sino el de la ciencia. Hay que reducir hasta ese grado lo que me permitirán ustedes inducir por una imagen como la apertura del sujeto en el psicoanálisis, para captar lo que recibe en él de la verdad.

Este movimiento, ya se habrá adivinado, implica una sinuosidad que tiene algo de domesticación. Este objeto no está tranquilo, —¿o habrá que decir más bien: pudiera ser que no nos deje tranquilos (15)?— y menos que a nadie a aquellos que tienen más que hacer con él: los psicoanalistas, que serían entonces aquellos a quienes de una manera electiva trataría de apuntar por mi discurso. Es verdad. El punto donde les he dado cita hoy, por ser aquel donde los dejé el año pasado: el de la división del sujeto entre verdad y saber, es para ellos un punto familiar. Es aquel adonde los convida Freud bajo el llamado del: *Wo Es war, soll Ich werden* que vuelvo a traducir, una vez más, acentuándolo aquí: allí donde ello era, allí como sujeto debo advenir. Ahora bien, de este punto les muestra la extrañeza tomándolo al revés, lo cual consiste aquí más bien en volverlos a traer a su frente. ¿Cómo lo que estaba esperándome desde siempre de un ser oscuro vendría a totalizarse con un trazo que no se traza sino dividiéndolo más netamente de lo que puedo saber de él?.

No es sólo en la teoría donde se plantea la cuestión de la doble inscripción, para haber provocado la perplejidad en que mis alumnos Laplanche y Leclaire habrían podido leer en su propia escisión en la manera de abordar el problema su solución. No es en todo caso de tipo gestálticas, ni debe buscarse en el plato donde la cabeza de Napoleón se inscribe en el árbol. Está simplemente en el hecho de que la inscripción no muerde el mismo lado del pergamino, viniendo de la plancha de imprimir de la verdad o de la del saber. Que esas inscripciones se mezclen debía resolverse simplemente en la topología: una superficie en que el derecho y el revés están en estado de unirse por todas partes, estaba al alcance de la mano. Sin embargo es mucho más allá que en un esquema intuitivo, es por estrechar, si así puede decirse, al analista en su ser; por lo que esta topología puede captarlo. Por eso se la desplaza en otra parte, no puede ser sino en una fragmentación de rompecabezas que necesita en todo caso ser reducido a esa base.

Por lo cual no es vano repetir que en la prueba de escribir: *Pienso: luego soy*, se lee que el pensamiento no funda el ser sino anudándose en la palabra donde toda operación toca a la esencia del lenguaje. Si cogito sum nos es dado en algún sitio por Heidegger para sus fines, hay que observar que algebriza la frase, y nosotros tenemos derecho a poner de relieve su resto: *cogito ergo*, donde aparece que nada se habla sino apoyándose en la causa. Ahora bien, esa causa es lo que recubre el *soll Ich*, el debo de la fórmula freudiana, que, de invertirse su sentido, hace brotar la paradoja de un imperativo que me insta a asumir mi propia causalidad. No soy sin embargo causa de mí, y esto no por ser la criatura del Creador. Lo mismo sucede con el Creador. Les remito sobre este punto a Agustín y a su de trinitate, en el prólogo. La causa de sí spinoziana puede tomar el nombre de Dios. Es Otra Cosa. Pero dejemos esto a esas dos palabras, que no pondremos en juego sino, añadiendo que es también Cosa otra que el Todo, y que ese Dios, no por ser así otro es el Dios del panteísmo.

Hay que captar en ese ego, que Descartes acentuó con la superficie de su función en algunos de sus textos en latín —tema de exégesis que dejo aquí a los especialistas—, el punto donde ese ego debe encontrarse, en que sigue siendo lo que pretende ser: dependiente del Dios de la religión. Curiosa caída del ergo... el ego es solidario de ese Dios.

Singularmente Descartes sigue el movimiento de preservarlo, del Dios engañoso, en lo cual es su compañero el que gana y a él lo preserva hasta el punto de promoverlo al privilegio exorbitante de no garantizar las verdades eternas sino siendo su creador. Esta comunidad de suerte entre el ego y Dios, aquí enmascarada, es la misma que profiere de manera desgarradora el contemporáneo de Descartes, Angelus Silesius, en sus abjuraciones místicas, y que les impone la forma del dístico.

Sería provechoso recordar, entre los que me siguen, el apoyo que tomé en esas jaculatorias, las del peregrino querubínico, tomándolas en el rastro mismo de la introducción al narcisismo que perseguía entonces según mi modo, el año de mi comentario sobre el Presidente Schreber. Es que puede cojearse en esa juntura, es el paso de la belleza (16), pero hay que cojear justo.

Y en primer lugar, decirse que los dos lados no se sobreimponen (17). Por eso me permitiré abandonarlo un momento, para volver a partir de una audacia que fue la mía, y que no repetiré sino recortándola. Pues sería repetirla dos veces, bien repetida (18) podría llamársela en el sentido justo en que este término no quiere decir la simple repetición.

Se trata de la cosa freudiana, discurso cuyo texto es el de un discurso segundo, por ser de la vez en que lo había repetido. Pronunciado la primera vez —ojalá que esta insistencia les haga sentir, en su trivialidad, el contrapíe temporal que engendra la repetición—, lo fue para una Viena donde mi biógrafo situará mi primer encuentro con lo que no hay más remedio que llamar el fondo más bajo del mundo psicoanalítico. Especialmente con un personaje cuyo nivel de cultura y de responsabilidad respondía al que se exige de un guardaespaldas (19), pero poco me importaba, yo hablaba en el aire. Había querido simplemente que fuese allí donde para el centenario del nacimiento de Freud mi voz se hiciese escuchar en homenaje. Esto no para marcar el sitio de un lugar desertado, sino ese otro que rodea ahora a mi discurso.

Que la vía abierta por Freud no tenga otro sentido que el que yo reanudo: el inconsciente es lenguaje, lo que ahora es admitido, lo era ya para mí, como es sabido. Así, en un movimiento que jugaba tal vez a hacerse eco del desaffo de Saint-Just alzando al cielo por engastarla con un público de asamblea la confesión de no ser nada más que lo que va al polvo, dijo: —y que os habla, me vino la inspiración de que viniendo en la vía de Freud animarse extrañamente una figura alegórica y estremecerse con una piel nueva la desnudez con que se reviste la que sale del pozo, iba a prestarle voz. Es una prosopopeya, se las ahorro, culmina con estas palabras: Yo, la verdad, hablo... y la prosopopeya continúa. Piensen en la cosa innombrable que, de poder pronunciar estas palabras, iría al ser del lenguaje, para escucharlas como deben ser pronunciadas, en el horror.

Pero en esta revelación cada uno pone lo que puede poner. Pongamos en su crédito el dramatismo ensordecido, aunque no por ello menos irrisorio, del tempo sobre el que se termina ese texto que encontrarán ustedes en el número primero de 1956 de *L'evolution psychiatrique*, bajo el título: *La chose freudienne*.

No creo que sea a ese horror experimentado al que haya debido la acogida más bien fría que dio mi auditorio a la emisión repetida de ese discurso, la cual reproduce ese texto. Si tuvo a bien darse cuenta de su valor a su gusto oblativo, su sordera se mostró en ello particular.

No es que la cosa —La Cosa que se encuentra en el título— le haya chocado a ese auditorio, no tanto como a algunos de mis compañeros de barra en esa época, quiero decir de barra en una balsa donde gracias a ella paso pacientemente diez años de concubinato, para la pitanza narcisista de nuestros compañeros de naufragio, con la comprensión jaspersiana y el personalismo de patotilla, con todas las dificultades del mundo para ahorrarnos a todos el ser pintados con la brea del alma—a—alma liberal. La cosa, —¿no es bonita esa palabra, —me dijeron textualmente—, no irá a estropearnos sencillamente esa ventura de la crema y nata de la unidad de la psicología, donde por supuesto nadie piensa en cosificar?, ¡vaya!, ¿a quién confiarse?. Creíamos que estaba usted en la vanguardia del progreso, camarada.

No se ve uno como es, y mucho menos abordándose bajo las máscaras filosóficas.

Pero dejemos eso. Para medir el malentendido allí donde importa, en el nivel de mi auditorio de entonces, tomaré una expresión que salió a la luz más o menos en aquel momento, y que podría encontrarse conmovedora por el entusiasmo que supone: —¿por qué, —expresó alguno, y ese tema sigue repitiéndose—, por qué no dice lo verdadero sobre lo verdadero?. Esto prueba hasta que punto eran vanos conjuntamente mi apólogo y su prosopopeya. Prestar mi voz para sostener estas palabras intolerables: Yo, la verdad, hablo... va más allá de la alegoría. Quiero decir sencillamente todo lo que hay que decir de la verdad, de la única, a saber que no hay metalenguaje —afirmación hecha para situar a todo el lógico-positivismo—, que ningún lenguaje podría decir lo verdadero sobre lo verdadero, puesto que la verdad se funda en lo que ello habla, y puesto que no tiene otro medio para hacerlo.

Es por eso incluso por lo que el inconsciente, que dice lo verdadero sobre lo verdadero, esta estructurado como un lenguaje, y por lo que yo, cuando enseño eso, digo lo verdadero sobre Freud que supo dejar, bajo el nombre de inconsciente, a la verdad hablar. Esta falta de lo verdadero sobre lo verdadero, que necesita todas las caídas que constituye el metalenguaje en lo que tiene de hipocresía, y de lógico, es propiamente el lugar del *Urverdrängung*, de la represión originaria que atrae a ella todas las demás, sin contar otros efectos de retórica, para reconocer los cuales no disponemos sino del sujeto de la ciencia.

Por eso en efecto para habérselo con ello empleamos otros medios. Pero es crucial aquí que esos medios no puedan ensanchar a ese sujeto. Su beneficio toca sin duda a lo que de él esta escondido. Pero para cubrir ese punto vivo no hay de verdadero sobre lo verdadero más que nombres propios; el de Freud o bien el mío, o si no babosadas de ama de cría con las que se rebaja un testimonio ya imborrable: a saber una verdad de la que la suerte de todos es rechazar su horror, si es que no aplastarlo cuando es irrechazable, es decir cuando se es psicoanalista, bajo esa rueda de molino, cuya metáfora he utilizado ocasionalmente, para recordar con otra boca que las piedras, cuando es preciso, saben gritar también. Tal vez con ello se me juzgará en no haber encontrado conmovedora la pregunta que me concernía, Por qué no dice..., proveniente de alguien cuya ingenuidad se hacia dudosa por el puesto doméstico en las oficinas de una agencia de verdad, y haber preferido en consecuencia prescindir de los servicios a que se dedicaba en la mía, la cual no necesita de chantres que sueñen con sacristías... ¿Habrà que decir que tenemos que conocer otros saberes que el de la ciencia cuando tenemos que tratar de la pulsión epistemológica?. ¿Y volver una vez más sobre aquello de lo que se trata, que es admitir que tenemos que renunciar en el psicoanálisis a que a cada verdad responda su saber?. Esto es el punto de ruptura por donde dependemos del advenimiento de la ciencia. No tenemos ya para hacerlos converger sino ese sujeto de la ciencia. Por lo menos nos lo permite, y entro más allá, en su cómo: dejando a mi Cosa discutir sola con el nóumeno, lo cual me parece despachado pronto: puesto que una verdad que habla tiene poco en común con un nóumeno que, tan lejos como pueda recordar la memoria de cualquier razón pura, la cierra.

Este recordatorio no carece de pertinencia, puesto que el médium que va a servirnos en este punto, ustedes me han visto traerlo hace un momento. Es la causa: la causa no categoría de la lógica, sino causando todo el efecto. La verdad como causa, ¿ustedes, psicoanalistas, se negarán a asumir su cuestión, cuando es de allí de donde se levantó su carrera?. Si hay practicantes para quienes la verdad como tal se supone que actúa, ¿No son precisamente ustedes?.

No lo duden; en todo caso, es porque ese punto está velado en la ciencia por lo que conservan ustedes ese lugar asombrosamente preservado. En lo que hace oficio de esperanza en esa conciencia vagabunda acompañada en el colectivo, de las revoluciones del pensamiento.

Que Lenin haya escrito: La teoría de Marx es todopoderosa porque es verdadera, es dejar vacía la enormidad de la cuestión que abre su palabra: ¿por qué, suponiendo muda a la verdad del materialismo bajo sus dos rostros que no son más que uno: dialéctico e histórico, por qué hacer su teoría, acrecentaría su poder?. Contestar por la conciencia proletaria y por la acción del político marxista no nos parece suficiente. Por lo menos se anuncia allí la separación de poderes de la verdad como causa y del saber puesto en ejercicio.

Una ciencia económica inspirada en El capital no conduce necesariamente a utilizarla como poder de revolución, y la historia parece exigir otros recursos aparte de una dialéctica predicativa. Aparte de ese punto singular que no desarrollaré aquí, y que es que la ciencia si se mira con cuidado, no tiene memoria. Olvida las peripecias de las que ha nacido, cuando esta constituida, dicho de otra manera una dimensión de la verdad que el psicoanálisis pone aquí altamente en ejercicio.

Tengo que precisar sin embargo. Es sabido que la teoría física o matemática, después de cada crisis que se resuelve en la forma para la cual el término de: teoría generalizada no podría en modo alguno considerarse que quiere decir: paso a lo general, conserva a menudo en su rango lo que generaliza, en su estructura precedente. No es esto lo que decimos. Es el drama, el drama subjetivo que cuesta cada una de sus crisis. Este drama es el drama del sabio. Tiene sus víctimas, de las que nada indica que su destino se inscriba en el mito del Edipo. Digamos que la cuestión no está muy estudiada. J. R. Mayer, Cantor, no voy a establecer una lista de honor de esos dramas que llegan a veces hasta la locura, donde algunos nombres de vivos aparecerían pronto: donde considero que el drama de lo que sucede en el psicoanálisis es ejemplar. Y establezco que no podría aquí incluirse a sí mismo en el Edipo salvo poniendo su causa (20) .

Ya ven ustedes el programa que se dibuja aquí. No esta listo (21) para ser cubierto. Incluso lo veo más bien bloqueado. Me adelanto en él con prudencia y por hoy les ruego que se reconozcan en las luces reflejadas de semejante manera de abordarlo. Es, decir que vamos a llevarlas a otros campos que el psicoanalítico para reivindicar la verdad.

Magia y religión, las dos posiciones de ese orden que se distinguen de la ciencia, hasta el punto de que ha podido situárselas con relación a la ciencia, como falsa o disminuida ciencia para la magia, como rebasando sus límites, o incluso en conflicto de verdad con la ciencia para la segunda: hay que decirlo, para el sujeto de la ciencia, una y otra no son sino sombras, pero no para el sujeto sufriente con el que tenemos que vérnoslas.

Se irá a decir aquí: Ya estamos. ¿Qué es ese sujeto sufriente sino aquel del que sacamos nuestros privilegios, y qué derecho le dan sobre él sus intelectualizaciones?.

Partiré para contestar, de algo que encuentro en un filósofo coronado recientemente con todos los honores facultativos. Escribe: la verdad del dolor es el dolor mismo. Sobre esta expresión, que abandono por hoy al dominio que explora, volveré para decir cómo la fenomenología se presenta como pretexto de la contra-verdad y el estatuto de ésta. No me apodero de ella sino para hacerles una pregunta a ustedes los analistas: lo que hacen ustedes, ¿tiene sí o no el sentido de afirmar que la verdad del sufrimiento neurótico es tener la verdad como causa?.

Yo propongo: Sobre la magia, parto de este punto de vista que no deja nebulosidades sobre mi obediencia científica, sino que se contenta con una definición estructuralista. Supone el significante respondiendo como tal

al significante. El significante en la naturaleza es llamado por el significante del encantamiento. Es movilizado metafóricamente. La Cosa en cuanto que habla, responde a nuestras represiones.

Por eso ese orden de clasificación natural que invoqué de los estudios de Claude Lévi-Strauss deja en su definición estructural entrever el punto de correspondencias por el que la operación eficaz es concebible, bajo el mismo modo en que ella ha sido concebida.

Sin embargo es ésta una reducción que desatiende al sujeto.

Todo el mundo sabe que para ello es esencial poner en estado al sujeto, el sujeto chamanizante. Observaremos que el chamán, digamos de carne y hueso, forma parte de la naturaleza, y que el sujeto correlativo de la operación tiene que recortarse en esa relación (22) corporal. Es ese modo de recorte el que queda excluido del sujeto de la ciencia. Sólo sus correlativas estructurales en la operación le son situables, pero exactamente.

Es efectivamente bajo el modo de significante como aparece lo que ha de movilizarse en la naturaleza: trueno y lluvia, meteoros y milagros. Todo ha de ordenarse aquí según las relaciones antinómicas en que se estructura el lenguaje.

El efecto de la demanda entonces ha de interrogarse allí por nosotros en la idea de comprobar si se puede encontrar la relación definida por nuestra gráfica con el deseo.

Sólo por esa vía, que se describirá más allá, de un enfoque que no recurra groseramente a la analogía, puede el psicoanalista calificarse con una competencia para decir lo suyo sobre la magia. La observación de que es siempre magia sexual tiene su precio aquí, pero no basta para autorizarlo.

Concluyo con dos puntos que merecen su atención: la magia es la verdad como causa bajo su aspecto de causa eficiente. El saber se caracteriza en ella no sólo por quedar velado para el sujeto de la ciencia, sino por disimularse como tal, tanto en la tradición operatoria como en su acto. Es una condición de la magia.

En lo que voy a decir sobre la religión sólo se trata de indicar el mismo enfoque estructural; y así, sumariamente, es en la oposición de trazos de estructura donde este esbozo toma su fundamento. ¿Puede esperarse que la religión tome en la ciencia un estatuto un poco más franco?. Pues desde hace algún tiempo existen extraños filósofos de la ciencia que dan de sus relaciones la definición más blanda, en el fondo, que las consideran como desplegándose en el mismo mundo, donde la religión por consiguiente tiene la posición envolvente.

En cuanto a nosotros, sobre este punto delicado, en el que algunos pensarían en advertirnos de la neutralidad analítica, hacemos prevalecer el principio de que ser amigo de todo el mundo no basta para preservar el lugar desde donde debe operarse.

En la religión, la puesta en juego precedente, la de la verdad como causa, por el sujeto religioso se entiende, queda tomada en una operación completamente diferente. El análisis a partir del sujeto de la ciencia conduce necesariamente a hacer aparecer en ella los mecanismos que conocemos de la neurosis obsesiva, Freud los percibió en una fulgurancia de la que toman un alcance que rebasa toda crítica tradicional. Pretender calibrar en ella la religión no podía ser inadecuado.

Si no puede partirse de observaciones como ésta: que la función que desempeña en ella la revelación se traduce como una denegación de la verdad como causa, a saber que deniega lo que ahí funda el sujeto para considerarse en ella como parte interesada, entonces hay pocas probabilidades de dar a lo que llaman historia de las religiones unos límites cualesquiera, es decir algún rigor.

Digamos que el religioso le deja a Dios el cargo de la causa, pero que con ello corta su propio acceso a la verdad. Así, se ve arrastrado a remitir a Dios la causa de su deseo, lo cual es propiamente el objeto del sacrificio. Su demanda está sometida al deseo supuesto de un Dios al que entonces hay que seducir. El juego del amor entra por ahí. El religioso instala aquí la verdad en un estatuto de culpabilidad. Resulta de ello una desconfianza para con el saber, tanto más sensible en los Padres de la Iglesia cuanto más dominantes se muestran en materia de razón.

La verdad es remitida allí a unos fines que llaman escatológicos, es decir que no aparece sino como causa final en el sentido de que es trasladada a un juicio de fin del mundo. De donde el relente oscurantista que invade todo uso científico de la finalidad.

He señalado de pasada cuánto tenemos que aprender sobre la estructura de la relación del sujeto con la verdad como causa en la literatura de los Padres, incluso en las primeras decisiones conciliares. El racionalismo que organiza el pensamiento teológico no es en modo alguno, como se lo imagina la chatura, asunto de fantasía. Si hay fantasma (23), es en el más riguroso sentido de institución de un real que cubre la verdad.

No nos parece en absoluto inaccesible a un tratamiento científico el que la verdad cristiana haya tenido que pasar por lo insostenible de la formulación de un Dios: Trino y Uno. El poder eclesial aprovecha aquí muy bien ciertos descorazonamientos del pensamiento.

Antes de acentuar los callejones sin salida de semejante misterio, es la necesidad de su articulación la que es saludable para el pensamiento y con la que debe medirse.

Las cuestiones deben tomarse en el nivel en que el dogma se estrella contra las herejías; la cuestión del Filioque me parece poder tratarse en términos topológicos.

La aprehensión estructural debe ser primera y es la única que permite una apreciación exacta de la función de las imágenes. El de trinitate tiene aquí todos los caracteres de una obra de teoría y puede tomarse por nosotros como un modelo.

Si así no fuese, aconsejaría a mis alumnos ir a exponerse al encuentro con una tapicería del siglo XVI que verá imponerse a su mirada a la entrada de la exposición del mobiliario nacional donde él los espera, desplegada todavía para uno o dos meses.

Las Tres Personas representadas en una identidad de forma absoluta conversando entre ellas con una desenvoltura perfecta en las riberas frescas de la Creación, son simplemente angustiantes.

Y lo que oculta una máquina tan bien hecha, cuando le sucede que se enfrenta a la pareja de Adán y Eva en la flor de su pecado es por cierto una naturaleza como para ser propuesto en ejercicio a una imaginación de la relación humana que no rebasa ordinariamente la dualidad. Pero que mis oyentes se armen antes con Agustín ... Así parezco no haber definido sino características de religiones de la tradición judía. Sin duda están hechas para demostrar su interés, y no me consuelo de haber tenido que renunciar a enlazar con el estudio de la Biblia la función del Nombre-del-Padre (24). Queda el hecho de que la clave es la de una definición de la relación del sujeto a la verdad. Creo poder decir que es en la medida en que Claude Lévi-Strauss concibe al budismo como una religión del sujeto generalizado, es decir que implica una diaframatización de la verdad como causa, indefinidamente variable, en la que le hace a esa utopía el halago de verla concordar con el reino universal del marxismo en la sociedad. Tal vez es esto hacer demasiado poco caso de las exigencias del sujeto de la ciencia, y confiar demasiado en la emergencia en la teoría de una doctrina de la trascendencia de la materia. El ecumenismo no nos parece encontrar sus oportunidades sino fundándose en el llamado a los pobres de espíritu. En lo que se refiere a la ciencia, no puedo decir hoy lo que me parece ser la estructura de sus relaciones con la verdad como causa, puesto que nuestro progreso este año debe contribuir a ello. Lo abordaré por la observación extraña de que la fecundidad prodigiosa de nuestra ciencia debe interrogarse en su relación con ese aspecto en el que se sostendrá la ciencia: que de la verdad como causa no querría-saber-nada.

Se reconoce aquí la fórmula que doy de la Verwerfung o preclusión, la cual vendría a unirse aquí en una serie cerrada a la Verdrängung, represión, a la Verneinung, negación (25) cuya función en la magia y la religión reconocieron ustedes a la pasada. Sin duda lo que hemos dicho de las relaciones de la Verwerfung con la psicosis, especialmente como Verwerfung del Nombre-del-Padre, viene aquí, aparentemente a oponerse a esa tentativa de detección estructural. Sin embargo, si se percibe que una paranoia lograda aparecería igualmente como la clausura de la ciencia, si fuese el psicoanálisis el que estuviese llamado a representar esa función: si por otra parte se reconoce que el psicoanálisis es esencialmente en lo que introduce en la consideración científica el Nombre-del-Padre, vuelve a encontrarse aquí el mismo callejón sin salida aparente, pero se tiene la impresión de que de este callejón sin salida mismo se progresa, y que puede verse desanudarse en algún sitio el quiasmo que parece obstaculizarlo. Tal vez el punto actual en que se encuentra el drama del nacimiento del psicoanálisis, es la astucia que se esconde jugándose en la astucia consciente de los autores (26), deben tomarse aquí en consideración, pues no fui yo quien introdujo la fórmula de la paranoia lograda. Sin duda tendré que indicar que la incidencia de la verdad como causa en la ciencia deber reconocerse bajo el aspecto de la causa formal. Pero será para esclarecer con ello que el psicoanálisis en cambio acentúa su aspecto de causa material. Así debe calificarse su originalidad en la ciencia.

Esta causa material es propiamente la forma de incidencia del significante que yo defino en ella.

Por el psicoanálisis, el significante se define como actuando en primer lugar como separado de su significación. Ésta es la figura de carácter literal que dibuja la configuración copulatoria (27), cuando surgiendo fuera de los límites de la maduración biológica del sujeto, se imprime efectivamente sin poder ser el signo a articularse efectivamente de la presencia del compañero (28), es decir su signo biológico recuérdense nuestras fórmulas que diferencian el significante y el signo.

Es manifestar suficientemente, de pasada, que en el psicoanálisis la historia es una dimensión distinta de la del desarrollo, y que es aberración tratar de reducirla a ella. La historia no se prosigue sino a contratiempo del desarrollo. Punto del que la historia como ciencia puede tal vez sacar provecho, si quiere escapar a la influencia siempre presente de una concepción providencial de su curso.

En una palabra, volveremos a encontrar aquí al sujeto del significante tal como lo articulamos el año pasado, transportado por el significante en su relación con el otro significante, debe distinguírsele severamente tanto del individuo biológico como de toda evolución psicológica subsumible como sujeto de la comprensión.

Es, en términos mínimos, la función que atribuyo al lenguaje en la teoría, me parece compatible con un materialismo histórico que deja ahí un vacío. Tal vez la teoría del objeto encontrará también allí su lugar. Esta teoría del objeto es necesaria, ya lo veremos, para una integración correcta de la función de la causa respecto al sujeto del saber y la verdad (29).

Han podido reconocer ustedes de pasada en los cuatro modos de su reproducción (30) que acaban de ser establecidos aquí, el mismo número y una analogía de abrochamiento (31) nominal, que deben encontrarse también en la física de Aristóteles. No por casualidad, puesto que esa física no deja de estar marcada por un logicismo que conserva todavía el sabor y la sapiencia de un gramatismo original (32).

¿Seguirá siéndonos válido que la causa deba para nosotros exactamente por lo mismo polimerizarse (33)?.

Esta exploración no tiene por única meta darles la ventaja de un dominio elegante de los cuadros que escapan en sí mismos a nuestra jurisdicción. Quiero decir magia, religión, incluso ciencia.

Sino más bien recordarles que en cuanto sujetos de la ciencia psicoanalítica, es a la solicitud de cada uno de esos modos de la relación con la verdad, como causa a la que tienen ustedes que resistir. Pero no en el sentido en que ustedes lo entienden a primera vista. La magia no es tentación para nosotros sino a condición de que hagan



ustedes la proyección de sus caracteres sobre el sujeto con el que tiene que vérselas —para psicologizarlo, es decir, desconocerlo.

El pretendido pensamiento mágico, que es siempre el del otro, no es un estigma con el que puedan ustedes etiquetar al otro. Es tan válido en el prójimo como en ustedes mismos en los límites más comunes: pues está en el principio de la más mínima transmisión de orden(34) .

Para decirlo todo, el recurso al pensamiento mágico no explica nada. Lo que se trata de explicar es su eficiencia. En cuanto a la religión, debe más bien servirnos como el modelo que no debemos seguir, en la institución de una jerarquía social donde se conserva la tradición de cierta relación con la verdad como causa. La simulación de la iglesia católica, que se reproduce cada vez que la relación con la verdad como causa viene a lo social, es particularmente grotesca en cierta Internacional psicoanalítica por la condición que impone a la comunicación. ¿Necesitaré decir que en la ciencia, en oposición a la magia y a la religión, el saber se comunica?. Pero hay que insistir en que no es únicamente porque tal es la costumbre sino que la forma lógica dada a ese saber incluye al modo de la comunicación como saturando al sujeto que implica. Tal es el problema primero que plantea la comunicación en psicoanálisis El primer obstáculo a su valor científico es que la relación con la verdad como causa, bajo sus aspectos materiales, ha quedado desatendida en el círculo de su trabajo.

¿Concluiré volviendo al punto de donde partí hoy: división del sujeto?. Ese punto es un nudo. Recordemos donde lo desanuda Freud: en esa falta de pene de la madre donde se revela la naturaleza del falo. El sujeto se divide aquí, nos dice Freud, para con la realidad, viendo a la vez abrirse en ella el abismo contra el cual se amurallara con una fobia, y por otra parte recubriéndolo con esa superficie donde erigirá el fetiche, es decir la existencia del pene como mantenida, aunque desplazada. Por un lado, extraigamos el (paso-de) (35), del (paso-del-pene) (36) , que debe ponerse entre paréntesis, para transferirlo al paso-del-saber(37) que es el paso vacilante de la neurosis. Por el otro, reconociendo la eficacia del sujeto en este que rige para designarle en todo momento el punto de verdad(38) . Revelando del falo mismo que no es nada más que ese punto de falta que indica en el sujeto. Ese índice es también el que nos señala el camino por el que queremos andar este año, es decir, allí donde ustedes mismos retroceden (39) ante la perspectiva de ser en esa falta, como psicoanalistas, suscitados.

Notas del Traductor

1 -El estatuto

2 -psicoanalista

3 -escisión

4 -en

5 -a la altura de su

6 -a la vocación de ciencia

7 -el retoque doctrinal llamado de la segunda tópica

8 -la discordancia

9 -en el nudo

10 -la que le cierra el camino

11 -prolijidades

12 -(Peucoton. Expresión que podría interpretarse: bastante falso, que se muestra como lo que no es.)-un poco liso

13 -tercer ejemplo

14 -La gramática del asentimiento

15 -que no les dejase tranquilos 16 -(Alusión a un dicho francés según el cual LA BELLEZA COJEA).

17 -(juego de palabras: boiter, cogear; s'emboiter, sobreimponerse, encajar uno en otro). 18 -bis repetita

19 -(Ejecutante más tarde en la operación de destrucción de nuestra enseñanza cuya ola, conocida por el auditorio presente, sólo concierne al lector por la desaparición de la revista LA PSYCHANALYSE y por nuestra promoción a la tribuna de donde se emite esta lección.)

20 -so pena de ponerla en entredicho

21 -no falta poco

22 -sostén

23 -fantasía

24 - {nota al pie:} Pusimos en reserva el seminario que habíamos anunciado para 1963-1964 sobre el Nombre-del Padre, después de haber cerrado su lección de apertura en Noviembre del 1963 sobre nuestra dimisión al cargo de Sainte-Anne, donde nuestros seminarios tenían lugar desde hacía diez años.

25 -{dénégation

26 -y la astucia que en él se esconde de burlarse de la astucia consciente de los autores 27 -Éste es el trazo de carácter literal que especifica el significante copulatorio, el falo

28 -sin poder ser el signo para representar al sexo existente del compañero

29 -para con el saber y el sujeto, de la verdad como causa.

30 -refracción

31 -reparo

32 -μ {FISICA, Libro II, capítulo 7, 198a 15 y 16}

33 -otro tanto polimerizándose

Clase 2

8 de Diciembre de 1965

Han podido escuchar la última vez una suerte de lección que no se asemejaba a las otras en tanto estaba enteramente escrita a los fines de ser dada lo más rápidamente a un tipo de impresión —que se llama roneotipia—, de manera que ustedes pudieran tenerla como punto de referencia respecto de mi enseñanza.

Algunos manifestaron un cierto resquemor (1), digamos una decepción, la cosa vale para que nos detengamos ahí, para poner un poco de humor, diría que el modo en el que esta decepción se expresaba era algo más o menos así —fuerzo un poco la cosa—: se preferiría esta suerte de alboroto, parece, que representa asistir —apenas me atrevo decirlo— al nacimiento de mi pensamiento. Ustedes piensen si mi pensamiento nace cuando estoy allí en tren de batirme con algo que está lejos de ser absolutamente eso. Como todo el mundo es con mi palabra desde luego que me explico, eso prueba seguramente que ella está formada en otra parte.

Por otra parte han podido ya, tal vez, entender que mi propio cógito —el mío— lo que no quiere decir que de algún modo esté en contradicción con el cógito de Descartes, sería más bien, pienso, luego dejo de ser entonces, como no dejo de ser —como ustedes me ven bien—, eso prueba que en mi pensamiento, tengo menos razones que otros, para creer en él.

No obstante es muy cierto que es con eso con lo que tenemos que ver, es lo que no hace las relaciones más fáciles con aquellos a quienes se dirige más especialmente, es decir los psicoanalistas, y el hecho de que las observaciones de recién me hayan llegado, lo repito, con una punta de humor muy especialmente de vuestro lado, prueba bien lo que se confirma que es también de vuestro lado que se prefiere lo que llamaré el lado número de esta exhibición, eso no facilita las relaciones.

Es también desde este punto de vista que hay que entender el hecho de que haya creído en varias oportunidades en mi última exposición, tener que hacer alusión a lo que constituye un cierto tiempo de mis relaciones a los psicoanalistas, y por ejemplo que haya hablado de lo que llamo la cosa Freudiana, o algún otro punto análogo. No se trata ahí de lo que pude escuchar calificar como vanos recuerdos de un pasado, lo que es muy curioso tratándose de psicoanalistas ya que también ese pasado forma parte, hablando con propiedad, de una historia en el sentido que intenté precisar de lo que para nosotros concierne la historia de lo que aportamos ahí de contribución esencial mostrando lo que corresponde a la fractura, al traumatismo, a algo que se especifica en los tiempos del significante, y cuando esto sería verdaderamente desconocer totalmente la función que le doy a la palabra, tal como lo he especialmente afirmado la última vez, si no intentara de alguna manera en lo que enseño incluir lo que registro y constato sobre el efecto de la mía y muy especialmente lo que concierne a lo que de ella adviene de aquellos a los que ella se dirige.

Es por eso, en toda la medida en que avanzamos este año alrededor de un punto más radical, esto no puede hacerse sin que esto concluya en poner de relieve algo que debe dar la clave del pasaje o no de mi enseñanza, ahí hacia donde debe llevar. Debe haber ahí alguna relación estrecha entre lo que podríamos llamar esos aspectos o esas dificultades (2). Incluso para llamar a las cosas por su nombre, y lo que precisamente pude decir y adelantar de lo concerniente al sujeto en la medida en que se divide entre verdad y saber.

No obstante (3) no intitulé la última vez ese discurso: Cortés debate entre Saber y Verdad. Hablé del sujeto de la ciencia y no del saber, es ahí que yace algo de lo que les he dicho que cojea, dicho de otro modo que no encaja de ninguna manera absolutamente adecuada y fácil.

Es por eso por otra parte que esa lección, esa exposición, tiene por verdadero título: El sujeto de la ciencia, pero como debe ser puesto en venta, la ley de un objeto vendible es que la etiqueta cubra lo que yo llamo la mercancía, y como se trata evidentemente en el interior de la Ciencia por una parte y de la verdad, a condición de que pongan el y en el paréntesis que merece, a saber, que es un término que no tiene en absoluto un sentido unívoco, que puede también incluir la disimetría, disparidad de la que hablaba hace un rato, La ciencia y la verdad será el título de esta exposición o si ustedes quieren La ciencia, la verdad.

Lo que hay en esta exposición es tan importante por lo que deja en blanco como por lo que contiene.

En la enumeración de los diversos aspectos (4), los diversos tiempos de la verdad como causa, verán que ahí se producen los aspectos llamados causas eficientes y causas finales. He dejado en el discreto suspenso de lo que va a ser bien llamado: debate entre Psicoanálisis y Ciencia, el juego de las relaciones de las causas materiales y formales. Es a esto que vamos a tener hoy que aproximarnos.

En lo que se obtiene como efecto de lo que yo enseño en la práctica de aquellos que lo reciben puedo constatar una cierta tendencia, una cierta vertiente, curiosa consecuencia de la forma singularmente estricta que intento dar al término sujeto y que concluye en una singular laxitud, propiamente aquella que se podría calificar por fuera y según el uso ordinario de este término, de subjetivismo, es, a saber, que cada uno a su turno y también siguiendo no se qué, up to date de modo que puede estar a la moda, por ejemplo estar un poquitito a la rastra de la moda se ha usado como referencia en la posición que toma en la actividad analítica, sucesivamente: el ser y el tener, el deseo y la demanda —no los digo en el orden en que los he hecho salir— incluso aún en último término: el saber y la verdad. Tienen aquí una de las formas de escapatoria, ni puedo decirlo — espero no sea sino mítica, aproximativa, en tanto yo no designé y apunté más que una tendencia ahí —tienen ahí una de las formas de escapatoria más radicales de las que puedo intentar obtener, ya que: que sentido tendría esta formulación que doy

de la función del sujeto como corte, dejando tal vez una cierta indeterminación en su elección en el origen — pero desde entonces hecha absolutamente determinante (5)—, si no se tratara absolutamente de obtener una cierta acomodación de la posición del analista a este corte fundamental que se llama el sujeto. Aquí, sólo aquí, como idéntica a este corte la posición del analista es rigurosa. Por supuesto, no es sostenible, no soy yo quien lo ha dicho primero, ha sido Freud, que no dudaba de esto. Es por esto que para sostener su lugar, y bien los analistas no lo sostienen, para eso no hay, hablando con propiedad, remedio pero hay que saberlo, lo que puede ser una manera de contornearlo.

Aquí se descubre la diferencia que hay entre el Wirklichkeit, a saber la realización posible de mis relaciones con el psicoanalista (6), en la medida en que me deja en el lugar donde estoy y donde intento abrochar un cierto tipo de fórmulas, y la Realität que esta más allá, en tanto como imposible y es lo que determina nuestro común fracaso.

Es en lo que todo fracaso no es, no como se les ha enseñado y como se continúa creyendo en ello, a saber al nivel más rampante del pensamiento analítico. Todo fracaso no es forzosamente un signo negativo. El fracaso puede ser precisamente el signo de fractura donde eso marca la relación más estrecha con la realidad.

Esto motiva y justifica, lo diré en dos palabras, porque debo la mitad de estos miércoles (7), a formarlos. ¿Qué quiere decir esto?, ¿Y por qué he tomado partido este año por hacer yo mismo la elección de las personas que serán invitadas a participar aquí?. Es por esta simple razón: Que en el nivel del estudio de esta Wirklichkeit hay un aspecto esbozado, un aspecto directo, un aspecto de pase de pelota de la palabra, que no puede realizarse más que en ciertas condiciones de elección, de dosificación entre los diferentes tipos de participantes aquellos que deben hacer de mi palabra un uso analítico y los que me demuestran que se la puede seguir muy bien en toda su coherencia y su rigor hasta donde ella va que como por supuesto es de esperar si la praxis analítica merece ese nombre de praxis ella se inserta en una estructura que vale incluso por fuera de la práctica actual.

Es necesario que se establezca entonces una posibilidad de intercambios a nivel de la cual por ejemplo puedan ser estudiados esos términos que despejan, que facilitan en ese nivel de conocimiento común el uso de ciertos términos esenciales de esta parte de nuestra praxis que se llama teoría, y que por ejemplo, no digo, no tengo ninguna idea preconcebida que pueda ser puesta ahí a la orden del día algo que por ejemplo, nos muestra lo que ya han podido aproximar de nuestra verdad los estoicos, por ejemplo, que resulta que por un lado nos aportan referencias esenciales a nivel de la lógica, que tiene para nosotros ese interés de ser una rama común para el uso más moderno que se hace de la lógica por una parte y por otra parte lo que va a aparecer en mis lecciones de este año y que no es una novedad para el analista —salvo que no es absolutamente así como lo formula—, lo que está implicado de corporal en esta lógica, pues no basta recordar que en análisis hablamos de imagen del cuerpo, ¿imagen de qué?, imagen flotante, tripa, balón, que se atrapa o no.

Justamente la imagen del cuerpo no funciona analíticamente sino de modo parcial, es decir implicada recortada en el corte lógico. Entonces, puede ser interesante saber que para los estoicos, Dios, el alma humana y también todo en el mundo, comprendidas las determinaciones de cualidad todo —aparte de algunos puntos de excepción de lo que no carecerá de interés trazar el mapa—, todo era corporal.

Tienen aquí lógicos para quienes todo es cuerpo. No les digo que esto sea un estudio al cual no se podría preferir otro mejor, se podría también estudiar porque Aristóteles se saltó absolutamente la cuestión de la causa material. Por que la materia no es en él en absoluto causa, ya que es un elemento puramente pasivo, se pueden tomar las cosas donde se quiera si se tiene una praxis como la nuestra, se debe siempre volver sobre los puntos vivos. Sólo que esta elección entonces, no puede hacerse sino en común ya que es una elección muy especial, y que no puedo dejar difundirse —lo que no dejará de suceder con el gusto por las etiquetas— que les predico un análisis estoico.

Intentaremos entonces poner a punto estas cosas de elección común, para un trabajo. Creo que el mejor sistema es un trabajo de modo que pueda ser comunicado al conjunto de aquellos que me harán el honor, espero, de proseguir su asiduidad a los primeros miércoles.

Cerradas estas observaciones que no dejan de tener interés por los puntos que las han hecho emerger en mi discurso, este recuerdo de una cierta cuestión sobre la causa o sobre lo que hay que entender por la materia.

Retomo aún esto: si mi enseñanza tiene un sentido, si es coherente con el estructuralismo que acentúa, si ha podido proseguirse y edificarse de año en año, me parece normal considerar que ha encontrado favor en esto que la formulación estructuralista para fundarse, recuerden aquellos que pueden hacerlo mi primer grafo construido durante todo un año pacientemente, recuerden ese primer grafo, esa relación en red de las funciones determinantes de la estructura del lenguaje y del campo de la palabra, si esta estructura en red por ejemplo tiene una ventaja es precisamente la de pertenecer —lo llamaré aproximadamente mundo, pero lo empleo rápidamente para hacerme entender— a un mundo topológico, lo que quiere decir donde las conexiones no se pierden porque el fondo es deformable, blando, elástico, —eso no es nuevo. Inclusive las personas más rebeldes han comprendido muy bien de que se trataba. De manera que es lo que permite que el edificio no se desplome, no se derrumbe, no se destruya en razón de las modificaciones de proporción de la métrica del conjunto cuando aporte nuevos términos, y que como hace un rato lo evocaba, después del ser y el tener, hablo del deseo y de la demanda, se trata de percibir donde la estructura los empalma esos cuatro términos uno sobre el otro y no me parece que esto sea, hablando con propiedad imposible, esta ahí a la derecha el señalamiento de cuatro de esas redes estructurales. En principio bajo el nombre de agujero, que designa aquello de lo que voy a hablar hoy.

Ustedes tienen el grafo de dos pisos y la función de la palabra en la medida en que ahí se diferencia la enunciación del enunciado.

A la derecha de esto, algo así como un jirón cuadrado, un campo donde aquellos no tan escasos que me leen, — aunque no enseñen jamás nada— han podido señalarlo al comienzo de un artículo que se llama {de una} Cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis.

Es verdaderamente muy sorprendente que desde el tiempo —hace ya 4 años— que escribí en el pizarrón para mi auditorio precisamente analítico, en el año de mi seminario sobre La identificación, vectoricé el esquema topológico de lo que se llama el plano proyectivo, de lo que introduje bajo el término cross-cap, en ese momento de mi enseñanza, que jamás se le haya ocurrido a nadie darse cuenta de que la banda de Moebius, en tanto — vamos a volver ahí en seguida—, que es recortable en ese plano proyectivo con un resto —diremos cual— que la banda de Moebius esta ahí inscrita, que los esperaba desde hace mucho tiempo —hay que decirlo— pero en fin, no se podría reprocharlo a nadie, no haberlo adivinado; no obstante las letras que yo había inscripto M-i-m-i, no es solamente por el placer de hacer Mimi que las puse ahí. Ellas podrían quizá hacer sospechar algo, a saber esta función de aplicación que doy a la banda de Moebius para hacerles captar lo que concierne al corte constituyente de la función del sujeto.

Hay ahí abajo, se lo señalo de paso para aquellos que se les de por destacarlo, hay un pequeño nuevo grafo que les doy como objeto de reflexión, que es hablando con propiedad útil para captar las relaciones de lo que llamé, y continué haciendo funcionar como el significante, con el que nos será especialmente útil considerar este año su funcionamiento en lo que es no solamente el lenguaje —del que les dije la última vez que no hay metalenguaje—, lo que implica que de ahí en más lo que por supuesto se presenta como tal, la lógica, —¿qué es la lógica si no justamente una tentativa de metalenguaje?—, que la lógica no es en esto más que una caída y que no se concibe, toma y encubre más que considerándola como tal esto es porque en este esquema de abajo ustedes tienen en la punta de la derecha, algo que escribí: phon (9) o fonema, el elemento propiamente fonemático del significante, esta formado por algo que aparece en los dos polos superiores e inferiores como símbolo indicativo que puedo adelantar ahora, ya que he podido mostrarles el año último lo que concierne en su función central a este término de indicación cuyo tipo es el shifter lo que está esencialmente indicado es siempre más o menos, el agujero del sujeto de la enunciación. En el borde inferior el símbolo pero quizá el término los va a sorprender y es precisamente que no puedo introducirlo en toda su crudeza sino en este punto de la elaboración, porque de este modo no domino todo, no se apodera de todo el símbolo imitativo.

He aquí lo que ocurre en el fonema y el fonema nos remite al polo de la combinación lógica que hay que aprender al cabo de la línea horizontal.

Resultando lógica la relación de esto con los índices y los términos lexicales, de los que puedo a partir de ahí permitir muy bien que admiten elementos de imitación, su relación es todo el asunto de la lógica en tanto una lógica es constitutiva de la ciencia; esto no cambia nada el hecho de que no hay metalenguaje.

El esquemita de arriba está para recordarles que a la entrada de un artículo que se llama La carta robada tienen un cierto número de concatenaciones concernientes a la cadena significante que quizá aclaran un poco más, — pero de las que no puedo decir que hasta el presente hayan tenido una gran virtud de iluminación—, que se aclararán un poquito más con aquello en lo que vamos a avanzar en seguida.

Y entonces se trata de partir del sujeto, del sujeto de la ciencia tal como hemos creído poder apuntar a él en esta experiencia de Descartes, signo de un punto de desvanecimiento, pero también en el esfuerzo lógico de Frege por donde él nos designa donde el uno debe surgir si queremos dar de esto el fundamento puramente lógico, es decir propiamente el nivel del objeto cero.

Estas dos referencias del año pasado no bastan para volver sorprendente y significativo en la escucha, que yo encuentre que alguno y de los mejores se haya mostrado él mismo sorprendido por el acento que puse durante mi última exposición sobre el sujeto (10) de la ciencia. No hay ahí observaciones vanas para estudiar lo que concierne a ciertas sorderas, momentáneas por otra parte, justamente porque freudianamente no nos satisface en absoluto el término escotomización, a saber que para nosotros el agujero, y por las mejores razones, no puede estar en la percepción. Es por otra parte una, —hablando con propiedad—, una boludez sobre la que se han edificado muchas cosas. Toda la psiquiatría inglesa durante muchos años no ha hablado sino de alucinaciones negativas. Que está estructurado de otro modo y que basta para esto leer el artículo que Freud hizo muy expresamente para mostrarlo y que se llama fetichismus; ¿en que consiste la spaltung?, la división de la realidad misma en el sujeto llamado perverso en este caso. Es por eso que es interesante puntuar tales observaciones tales accidentes, en tanto que tengo la dicha, después de todo eso no parecía una dicha a mi querido y difunto amigo Merleau Ponty que veía más bien en el pensamiento —que yo recogía la tarde misma del día en que debía entonces expresarme en Sainte-Anne—, que recogía las confusiones diversas de mis propios auditores. Veo en cuanto a mí, por el contrario, para ellos como para mí muchas ventajas. Entonces volvamos a partir ahora del agujero.

El agujero hace tiempo, mucho tiempo que les doy la función esencial en cuanto en funcionamiento de orden simbólico, tengo necesidad de recordar, un cierto miting (11), congreso, agrupamiento —como ustedes quieran—, que sucedió en Royaumont y donde habiendo hecho un informe sobre la dirección de la cura... y todo lo que se sigue de eso, los principios de su poder, yo no les hablé, porque había que cambiar el disco, porque el discurso ya estaba impreso, —yo no les hablé para estupefacción de un periodista que entró ahí no se sabe por

qué puerta—, yo no les hablé más que del pote de mostaza, partiendo de ese hecho de experiencia que se había confirmado una vez más en el almuerzo (12), que el pote de mostaza está siempre vacío. No hay ejemplo donde se abre un pote de mostaza y se encuentre mostaza adentro (13). Ese pote de mostaza es la creación simbólica por excelencia, —todo el mundo lo sabe desde hace tiempo—: si no hubiera ser que habla habría quizá agujeros en el mundo, depresiones, charcos, cosas que retienen, no habría vaso. Nos equivocáramos al creer que sea por nada que esto forme parte para nosotros de los relieves esenciales que encontramos de la civilización. Las cerámicas, luego los vasos de bronce, la cantidad prodigiosa de estas cosas que encontramos y de la que no nos queda sino eso, eso debería tirarnos un poco de las orejas y muchas otras cosas, en fin, no basta tirar de las orejas para hacerla oír, hay que creer.

Evidentemente había otras cosas antes, el primer yacimiento histórico lleva un bonito nombre en danés pero soy incapaz de pronunciarlo, es de montones de residuos, entonces tenemos ahí al objeto. Y el vaso no es un objeto. Eso ha servido desde hace mucho para expresar algo. ¿Qué?. ¿Es esto una lección de teología?. Ustedes saben, Dios, el gran obrero, lo mismo se dice en el catecismo, que hace falta un alfarero para hacer un pote, ¡lo mismo...!. ¡No haberlo aprovechado mejor!. Porque esto no dice en absoluto aquello de lo que intenta convencernos.

¿Qué nos dice eso?. Deus gravita mundum, y a continuación: ex-nihilo, ¿qué quiere decir esto?. Quiere decir que el vaso él lo hace alrededor del agujero, que lo que es esencial es el agujero y porque es esencial que sea el agujero, el enunciado judío que Dios ha hecho el mundo de nada es, hablando con propiedad, —Koyré lo pensaba lo soñaba y lo escribió—, lo que despejó la vía al objeto de la ciencia.

Estamos trabados, estamos pegados a todas las cualidades, las que sean, desde la fuerza, la impulsión, el color, todo lo que ustedes quieran hasta la percepción, en resumen hasta el trozo de tiza al cual la progenitura socrática pertenece pegado como las moscas sobre el papel caza-moscas desde hace dos mil años, a saber Lagneaux y también Alain ahí especularon sobre la apariencia, ¿entonces esta apariencia?, y bien deberíamos llegar a ver como ella es también la realidad. Es con eso que la filosofía y la ciencia, una en relación a la otra, tomaron una sólida tangente.

Entonces, pienso estar en condiciones de decírselo en seguida, el cabo de tiza deviene objeto de ciencia a partir del momento y desde el momento en que ustedes parten de ese punto que consiste en considerarlo como faltante. Es lo que voy a hacerles sentir inmediatamente. Pero ahora, no quiero perder la ocasión de abrochar al pasar lo que significa la causa material. Porque si usted es filósofo, Aristóteles le dirá que la materia es la mostaza, es decir lo que llena el vacío. Aristóteles, que estaba sin embargo tan bien orientado en su concepción del espacio, está muy lejos de esta extensión terriblemente deslizante que es un verdadero problema que se replantea siempre en nuestro progreso en las ciencias matemático-físicas, el había visto muy bien que el lugar era lo que permitía dar una concepción del espacio que no se expandiera indefinidamente, que no nos ubicara en la cuestión de este falso infinito. Sólo que luego de haber partido tan bien, de haber definido el lugar como el último continente —siendo el último aquel que es no nacido—, y bien, porque él era griego y no había leído La Biblia, no pudo admitir que hubiera un vacío separado de los objetos. Entonces, llegó el pote de mostaza, y es a causa de eso que nos hemos quedado ahí un buen número de siglos.

Es decir que la causa material es el pote, creación indiscutiblemente divina como toda creación de la palabra, y a la que se reduce estrictamente lo que está dicho en el texto del Génesis. Pero no es este el señalamiento al que quisiera apuntarles de pasada. Potes encontraremos a montones —se los dije hace un rato, en las tumbas, en todo lugar donde reinan las llamadas culturas primitivas. Y bien, con dibujos absolutamente precisos, para saber que los coleccionistas futuros no puedan darlos como floreros (14) a sus amiguitas, según lo cual hace tiempo todos los pots estarían destruidos, al único fin de que estos pots se conserven, la gente que los depositan en las sepulturas, hacían un agujero en el centro, lo que les prueba que es del lado del agujero que hay que buscar la causa material. Aquí hay algo que causa algo, un agujero en el vaso. He aquí el modelo.

Si toman la cima de la elaboración científica, que es al mismo tiempo la clave de bóveda y la clavija esencial, ¿qué obtienen ustedes?, lo que se llama la energética. La energética no es lo que cree un autor que la opone como un complemento a mi teoría estructural del psicoanálisis. Él se imagina que la energética sin duda es lo que empuja. Esta es la cultura de los filósofos. La energética si ustedes se remiten, por ejemplo, a alguien tan autorizado, tanto como Feynman (15) del que no he esperado que obtuviera el premio Nobel para abrirlo, les ruego que lo crean, en un tratado en dos volúmenes que se llama Lectures on physics y que para aquellos que tienen tiempo, en fin no podría recomendarles una mejor lectura porque es un curso de dos años absolutamente exhaustivo. Es muy posible cubrir todo el campo de la física, en su nivel más elevado en un cierto número de lecciones que no pesa más que un kilo y medio. En el tercer capítulo o el cuarto, —no sé—, pone al lector o auditor, —no sé—, en el rastro de lo que es la energética. No soy yo pues, el que inventó eso para servir a mis tesis, recordé que había leído eso cuando tuve el volumen, es decir, hace un año y medio. Les pido que consulten el primer párrafo del capítulo cuatro: Conservation of energy. ¿Qué es lo que encuentra mejor para dar la idea a un auditorio supuesto relativamente virgen de lo que concierne a la física, ya que hasta ahí, no han recibido enseñanza más que de incompetentes?. El supone un pequeño diablillo que llama Denis the Manase, Daniel el Terrible, se le dan veintiocho cubitos (16), pero como es un bruto son de platino, indestructibles, indeformables. Se trata de saber lo que hará la mamá cada vez que, discreta como conviene, —es decir no una mamá americana—, cada vez que ella entra en la pieza del bebé y unas veces no encuentra sino veintitrés cubos y otras veces veintidós. Está claro que estos cubos se encontrarán siempre, ya sea en el suelo del jardín porque habrán

pasado por la ventana, ya sea en una diferencia de peso que se podrá constatar en una caja que por supuesto no se abrirá, ya sea porque el agua de la bañera habrá subido levemente, pero como el agua de la bañera está muy sucia para ver el fondo es por esta ligera elevación de nivel que se sabrá adonde fueron a parar los cubos. No les leo todo el pasaje. Me falta tiempo. Es sublime.

El autor señala que se encontrarán siempre el mismo número constante de cubos, con la ayuda de una serie de operaciones que consistirán en adicionar un cierto número de elementos, por ejemplo: la altura del agua dividida por el largo de la bañera en adicionar esta visión curiosa a alguna otra cosa que será por ejemplo el número total de cubos restantes. Ustedes me siguen espero. Nadie gesticula. Es decir hacer esto, —les digo de paso que está incluido en la mínima fórmula científica— que es que no solamente se adiciona sino que se resta, que se divide, que se opera de todas las maneras, ¿con qué?, con números gracias a cuales se adiciona —a falta de lo cual no habría ciencia posible—, se adiciona comúnmente manteles con servilletas, peras con puerros, ¿no es cierto?. Ahora bien, ¿qué se les enseña a los niños?. Cuando comienzan a entrar —espero que ya no sea así ahora pero no estoy seguro— justamente para explicarles las cosas se les dice lo contrario, a saber, que no se suman manteles con servilletas, ni peras con puerros, según lo cual naturalmente están definitivamente barrados para las matemáticas. Volvamos a nuestro Feynman (17). Este paréntesis sólo puede perderlos, Feynman (18) concluye: —He aquí el ejemplo; una cifra va a salir siempre constante: veintiocho cubos, y bien —dice él— la energética es eso, sólo que no hay cubos. Esto quiere decir que esta cifra constante que asegura el principio fundamental de la conservación de la energía, digo no solamente fundamental sino del que un sólo temblor en la base basta para poner a todo físico en el pánico absoluto. Ese principio debe ser conservado a toda costa y entonces lo será forzosamente ya que lo será, a toda costa, es la condición misma del pensamiento científico.

¿Pero qué quiere decir la constante (19), qué se encuentre siempre la misma cifra?. Porque todo está, ahí, no se trata más que de una cifra. Eso quiere decir que algo que falta como tal —no hay cubos— debe encontrarse en otra parte en otro modo de falta. El objeto científico es pasaje, respuesta, metabolismo, —metonimia si quieren, pero atención del objeto como falta—, y a partir de ahí muchas cosas se aclaran, nos remitiremos a lo que el año pasado pudimos poner en evidencia de la función del uno (20).

Es que no ven que el primer surgimiento del uno concerniente al objeto es el del hombre de las cavernas para darles el gusto si ustedes gustan todavía de estas especies de imagenes que entran en sus casas donde hay poquititas provisiones, —o muchas porqué no—, y dice: —falta uno. Es eso, el origen del rasgo unario: un agujero. Desde luego se puede llevar las cosas más lejos e incluso nosotros no faltaremos a esto. Observen que esto prueba que nuestro hombre de las cavernas ya está en el último punto de las matemáticas y conoce las teorías de los conjuntos. Connota: falta uno. Y su colección está ya hecha. El verdadero punto interesante es evidentemente el uno que denota, ahí hace falta el referente y los estoicos nos servirán.

Es evidente que la denotación ahí, ¿es qué?, su palabra. Es decir la verdad que nos abre sobre el agujero, a saber: ¿por qué uno?. Pues este uno lo que designa es siempre el objeto como faltante y donde estaría pues la fecundidad de lo que se nos dice ser característico del objeto de la ciencia, y que puede siempre ser cuantificado. Es que es sólo por una toma de partido (21) que sería verdaderamente increíble que eligiéramos de todas las cualidades del objeto solamente esta: el tamaño, al que aplicaríamos enseguida la medida de la que nos preguntamos de ahí en más de donde nos viene. Del cielo por supuesto.

Todos saben que el número, —era al menos así como Kroneker (22) se expresaba si recuerdo bien (23) —salvo el número entero que es un regalo de Dios (24). Los matemáticos pueden permitirse opiniones así de humorísticas, pero la cuestión no está ahí. Es justamente quedar pegados a esta noción de que la cantidad es una propiedad del objeto y que se lo mide, que se pierde el hilo, que se pierde el secreto de lo que constituye el objeto científico. Lo que se mide con el patrón de algo que siempre, es otra cosa en las dimensiones —y ellas pueden ser múltiples—, del objeto como falta. La cosa es tan poco simple, que aquello que debemos percibir, es que la verdadera experiencia que se hace en este caso es esta: a saber que el número en sí no es en absoluto un aparato de medida, y la prueba de esto fue dada en la mañana misma de las inspiraciones pitagóricas, se vio que el número no podía medir lo que el mismo permite construir, a saber que incluso no esta jodido para dar un número, —un número que de ninguna manera se expresa de un modo conmensurable— de la diagonal del cuadrado que no existiría sin el número.

Yo no evoco esto aquí más que porque esto tiene de interesante que si el número para nosotros, debe concebirse como función de la falta, esto, en la simple observación que hice a propósito de la diagonal inconmensurable, nos indica qué riqueza se nos ofrece a partir de ahí pues el número nos provee, si puedo decirlo numerosos registros de la falta; preciso para aquellos que no están especialmente interesados en esta cuestión: un número llamado irracional que debe sin embargo, al menos desde Didekind considerarse como un número real, no es un numero que consiste en algo a lo que puede aproximarse indefinidamente, no es sumergible en la serie de los números reales precisamente más que haciendo intervenir una función de la que no es por casualidad que se la ha llamado: el corte. Esto no tiene nada que ver con un fin que retrocede como cuando ustedes escriben: 0,333333... que es un número perfectamente conmensurable; Es el tercio de uno. Para la diagonal, se sabe desde los griegos, porque es estrictamente inconmensurable, a saber que ni una de sus cifras es previsible hasta el fin de los fines. Esto no tiene más interés que el de hacerles entrever que tal vez los números nos proveerán algo muy útil para intentar estructurar aquello de lo que se trata para nosotros, a saber: la función de la falta. Estamos aquí pues frente a la posición siguiente: el sujeto no puede funcionar sino definiéndolo como un corte, el objeto como una falta. Hablo del objeto de la ciencia, dicho de otro modo: un agujero. Las cosas llegan tan lejos que pienso

haberlos hecho sentir que sólo el agujero a fin de cuentas puede pasar por esto que efectivamente nos importa, es decir, la función de causa material, he aquí los términos entre los cuales debemos apretar un cierto nudo. Ya que yo no pude hoy adelantar mi intención tan lejos como lo esperaba, a consecuencia del hecho de que las cosas no estaban en absoluto escritas, y ya que tampoco puedo esperar en ocho días hacer la elección necesaria a su discreción, haré este tercer miércoles de este mes por excepción el mismo seminario abierto, donde ustedes están pues, todos invitados. Para puntuar, apuntar a aquello de lo que va a tratarse haré la oposición. ¿Qué relación concebir del objeto en el psicoanálisis con este objeto de la ciencia y tal como acabo de intentar presentificarlos?. No basta hablar del agujero, mientras que sin embargo, seguramente me parece al menos para los más vivos que la solución ya les debe aparecer apuntada, —es el caso de decirlo— en nuestro horizonte. La función de la falta, —no dije la idea, pongan atención, esta Idea, sabemos como atrapó a Platón por el tobillo y que no desembarazó de ella en absoluto— la función de la falta la vemos surgir, sufrir la fuga necesaria por la caída del objeto y es que estos dibujos que traje hoy, que volveré a tener la próxima vez están hechos para hacérselo palpar a ustedes. Tal estructura es necesaria para que un corte determine el campo por una parte del sujeto, tal como es requerido como sujeto de la ciencia y por otra parte, el agujero donde se origina un cierto modo de objeto, el único a retener, aquel que se llama objeto de la ciencia, y como tal puede ser esta especie de causa sobre la cual he dejado la última vez el signo de interrogación. ¿Es tal como aparece, solamente la forma de las leyes?, o bien, ¿dónde se enlaza este aspecto manifiestamente materialista por el cual justamente puede ser designada la ciencia?, es en este nudo de la función de la falta que yace y está encubierto aquí el punto de giro de lo que está en cuestión. Y que vamos a tener en este punto, que es un punto de hiancia, lo hemos visto el año pasado a propósito de la génesis freguiana del número uno, es para salvar la verdad que hace falta que esto funcione. Salvar la verdad, lo que quiere decir: no querer saber nada de eso. Hay otra posición que es gozar de la verdad, y bien eso es la pulsión epistemofílica. El saber como goce con la opacidad que entraña en el abordaje científico del objeto, es ese el otro término de la antinomia. Es entre estos dos términos que debemos aprender lo que concierne al sujeto de la ciencia, es ahí que espero retomar para llevarlos más lejos. Entiendan bien, para hablar de esta función radical. Aún no he hecho surgir nada de lo que concierne al objeto a , pero ustedes deben percibir bien que el mismo esquema justamente que no reproduce ahí, el esquema de los dos círculos del tiempo en que les pinté la función de la alienación como tal, recuerden ustedes el ejemplo: La bolsa o la vida?, ¿la libertad o la muerte?, les expliqué el esquema de la alienación hay ahí una elección que no es una en el sentido en que se pierde ahí algo, o bien el todo. Ustedes gozan de la verdad, pero ¿quién goza?, ya que ustedes no saben nada de eso. O bien ustedes tienen, no el saber sino la ciencia y este objeto de intersección, que es el objeto a , les escapa, ahí está el agujero, ustedes tienen este saber amputado. Tal es el punto sobre el que me detendré hoy.

Notas del Traductor

- 1 -una nostalgia
- 2 -fallas
- 3 -Por lo tanto
- 4 -las diversas fases
- 5 -dejándola indeterminada
- 6 -los psicoanalistas
- 7 -miércoles de seminario cerrado
- 8 -que les traigo
- 9 -phoné
- 10 -objeto
- 11 -meeting
- 12 -al desayunar
- 13 -y que se encuentre un dentro
- 14 -potes de flores
- 15 -Fayman
- 16 -dados
- 17 -Fayman
- 18 -Fayman
- 19 -constancia
- 20 -de la función de la falta
- 21 -por una apuesta increíble
- 22 -Cronsquer
- 23 -(falta parte de la cita)
- 24 -Todos saben que el número entero es un regalo de Dios {no se aclara en esta versión sobre alguna parte faltante en la cita}.

Clase 3

15 de Diciembre de 1965

Las figuras, los cortes, no les son ahorrados (2) hoy, Incluso, para ser estricto me he tomado el trabajo de poner en el pizarrón, arriba a la izquierda, aquella que corresponde a la evocación que hice la última vez de lo que había dado, al fin de mi primer año, aquí, como esquema de la alienación. Digamos que la alienación consiste en esta elección que no es una (3) y que nos fuerza a aceptar de dos términos, a la desaparición de los dos en uno sólo mutilado.

(gráfico)

Gozar de la verdad, decía, este es el verdadero objetivo (4) de la pulsión epistemofílica, en la que fuga y se desvanece a la vez todo saber y la verdad misma.

Salvar la verdad, y por esto no querer saber nada de eso. Esta es la posición fundamental de la ciencia y este es el por qué ella es ciencia. Es decir, saber en el medio del cual se despliega el agujero según el objeto (5) a, aquí marcado apoyándonos sobre una concepción (6) euleriana como representando el campo de intersección de la verdad y el saber. Está claro que he elevado más de una objeción sobre estos círculos de Euler en el plano de su utilización estrictamente lógica y que también su uso aquí es, de algún modo, metafórico. Son precauciones que hay que tomar. No vayan a pensar que pienso que hay un campo de la verdad y un campo del saber.

El término campo tiene un sentido preciso, que nosotros tendremos, quizás, la ocasión de volver a tocar hoy.

Entonces, este uso de los círculos eulerianos deba ser tomado con reserva. La anoto porque, a diferencia de esta reserva que acabo de hacer, ustedes me van a ver hoy tomar apoyo sobre, digamos, ciertas formas, —no es decir lo que es, corte se acerca más, significativo es de lo que se trata, ¿escritura?, ¿por qué no?. Entonces, adelante, les ruego observar que su alcance decisivo debe ser tomado en un muy otro sentido, en un sentido de significación, como lo que representa el círculo en sentido euleriano. Aquí, en suma, está destinado a mostrarnos como se incluye una cierta conceptualización extensiva y comprensiva en lo que es nuestro en el centro de estas figuras que aporté para ustedes hoy. A saber, algo que fue trazado por un monje budista que tiene el nombre que puse ahí, en el pizarrón, en su fonetización japonesa: Jiu Oum. Era japonés, Jiu Oum, como uno de mis fieles amigos, —que hoy está aquí —, tuvo la bondad de enseñármelo.

Jiu Oum vivió desde 1714 a 1815, entró en las órdenes, —me atrevo a decir—, budistas a los quince años.

Ustedes ven que se quedó ahí hasta una edad avanzada. Su obra es considerable y ya no les diré las fundaciones originales que llevan aún su marca (7). Darles una idea, por ejemplo, de su actividad será evocarles, por ejemplo, que un manual de estudio sánscrito, actualmente considerado como fundamental, es de su fuente, sino todo entero de su mano, y que no tiene menos de mil volúmenes. Es decir que no era un hombre perezoso.

(gráfico)

Pero, lo que ustedes ven aquí es típicamente la huella de algo que, diría, se hace en algún punto, cima de una meditación y no carece de relación, o al menos de semejanza, con la que se obtiene de algunos de esos ejercicios, o más bien de esos encuentros, que se escalonan en el camino de lo que se llama al Zen.

Tengo ciertos escrúpulos en adelantar este nombre, incluso aquí, a saber, ante un auditorio donde una parte es demasiado poco segura para mí en cuanto a la manera con que puedo ser oído para adelantar, sin ninguna precaución, una referencia que no es, ciertamente, un secreto que recorre las calles y del que se oye hablar por todos lados.

El Zen no representa algo que puede llegar hasta el abuso de confianza. A decir verdad, no podría aconsejarles demasiado desconfiar de todas las idioteces (8) que se apilan bajo ese registro. Pero, después de todo, no más que sobre la cibernética misma (9). Estoy obligado, de todos modos, a decir que esto, trazado de una pincelada, cuyo vigor particular, sin duda, no es seguro que pudiéramos apreciar, que, sin embargo, para algún ojo ejercitado, es bastante sorprendente. Esa pincelada es la que va a importarme, es sobre ella que voy a fijar vuestra atención para soportar lo que tengo hoy que avanzar en el camino que hemos abierto. No es dudoso que está ahí en la posición propia, que es aquella que defino por ser la del significativo, que él representa, el sujeto y para otro significativo, estando esto bastante asegurado por el camino de la escritura que aquí se alinea y se lee como la escritura china que es. Esto está escrito en caracteres chinos. Se los voy a pronunciar, no en japonés, sino en chino (10): chi yen che.

Lo que quiere decir: ¿en tres mil años, cuántos hombres sabrán?, ¿sabrán qué?. Sabrán quien ha hecho ese círculo, ¿Quién era este hombre del que creí deber indicarles la medida común?, entre lo más extremo, lo más piramidal de la ciencia y un modo de ejercicio del que no podemos no tomar cuenta aquí como fondo de la que él nos deja de escribir aquí.

/gráfico)

¿En tres mil años, cuántos hombres sabrán?. Lo que hay a nivel de este círculo trazado, me he permitido en mi propia caligrafía responder; en tres mil años, mucho antes, los hombres sabrán. Mucho antes de tres mil años y, después de todo, eso puede comenzar hoy. Los hombres sabrán, recordarán tal vez, que el sentido de esto trazado merece inscribirse así. A pesar de la diferencia aparente es topológicamente la misma. Supongan que esto sea redondo, que lo que he llamado círculo sea un disco. Lo que aquí trace con mi mano es también un disco, aunque bajo la forma de dos lóbulos, de los cuales uno recubre al otro. La superficie es de una sola pieza. Está limitada por un borde, que por deformación continua, puede desarrollarse de modo que uno de los bordes recubra al otro. El homomorfismo topológico es evidente. ¿Qué significa, entonces, que yo lo haya trazado de una manera diferente y que sea ahí que deba ahora atraer vuestra atención? Un trazado que llamo un círculo y no un disco, deja en suspenso la cuestión de lo que limita, para ver las cosas ahí donde ellas están trazadas sobre un plano. Lo



que él limita es, tal vez, lo que estaba adentro y quizás también, lo que esta afuera. En verdad, es allí que debemos considerar lo que puede haber de original en la función del escrito.

Dejemos por un instante lo que tenemos aquí ante nuestros ojos que yo propongo, más bien, seguramente, a un *experimentus mentis*, a un ejercicio del espíritu más que a una adhesión intuitiva, porque si lo llevo al campo de la topología es para introducirlos a una suerte de ablandamiento (11) de un ejercicio mental, concernientes a las figuras que no dejan, sin duda, de poder ser aprehendidas, de alguna manera intuitivamente, pero de las que les bastara intentar, al menos, para lo que concierne a los menos prevenidos de seguirme para, —digamos—, los efectos que intentaré demostrarles; por el trazado de ciertos cortes verán enseguida que tendrán bastante trabajo para estas cosas excesivamente simples que están ahí haciendo esto para vuestro uso. En lo que les he preparado para hoy, para que ustedes se dieran cuenta que no es por nada, sin duda que estas construcciones que se llaman —ya las he introducido todas e incluso ya hice bastante uso y abuso, pero no sin que hoy haya tenido necesidad de reunir lo que les concierne— estas figuras llamadas botellas de Klein, plano proyectivo, al toro, se encuentran en relación a lo que es la estructura de las coordenadas habituales de nuestra intuición, en una posición tan desconcertante que es necesario ejercitarse en esto, aplicarse ahí para volver a encontrarse cómodamente. Es en esto —me excuso en relación a los matemáticos que pueda haber en mi auditorio— por deber explicar las cosas por oposiciones, de algún modo, masivas y que dejan escapar una parte del rigor de lo que sería la presentación actual de la que concierne por ejemplo, a este capítulo, donde aparecen estas figuras en un libro moderno de topología. Pero, después de todo, tampoco debo excusarme demasiado porque si estas dificultades, que se califican como dificultades intuitivas, concernientes al campo de la topología, han sido, de algún modo, radicalmente eliminadas de la exposición —hablando con propiedad— matemática de estas cosas, si ellas no pesan incluso un instante en vistas de las fórmulas combinatorias muy aseguradas en sus premisas, en sus axiomas originales o sus leyes que han avanzado; no es menos cierto que algo conserve su valor en la dificultad misma que han presentado estas cosas para ser decantadas, para terminar por encontrar su estatuto lógico-matemático y que es demasiado fácil desembarazarse de esto diciendo que había ahí restos de impurezas intuicionistas. Pero, todo estaría en el hecho, por ejemplo, de que nos hayamos dejado durante demasiado tiempo, estorbar por una vista de algún modo ligada a la experiencia de un espacio de tres dimensiones, que sería necesario llegar a poder pensarlo, a construirlo a partir de esos datos de la experiencia variando, fundando, edificando una combinatoria generalizada.

Uno se contenta con esta crítica y con esta referencia, pero yo pienso que falta ahí algo. Si el número negativo para atenernos a una de las aporías históricas que ahora nos parecen, verdaderamente, las más groseramente elementales, ¿quién se atormenta a propósito de la existencia del número negativo?. Y esta tranquilidad en la que estamos a propósito del número negativo, además de que, por otra parte, no recubre nada bueno, es de todos modos, sin embargo, muy útil para no plantearse preguntas inútiles. Esta tranquilidad, en relación al número negativo, no data de más de un siglo. Aún —hablaba muy recientemente con un matemático muy erudito que conoce admirablemente su historia, de los matemáticos—, aún en tiempos de Descartes, al número negativo, esta magnitud, por debajo del cero, los atormentaba. Ellos no están tranquilos, los números. Crecen y decrecen también. Y cuando eso supera al límite por debajo, el fondo del fondo, ¿adónde va?. Después de todo, es bastante legítimo, si toma las cosas en estos términos, que se atormentaran.

No evoco este ejemplo simple —ustedes piensen que me sería fácil evocar otros; el número irracional, el número que se llama imaginario:  $\sqrt{-1}$  la famosa raíz de menos uno—, ahí, aún, los matemáticos olvidan un poquitito fácilmente que ese número imaginario ha sido durante siglos, alrededor de cinco o seis siglos, —ustedes saben que apareció a propósito de una raíz fuera del campo de lo concebible, de la muy simple ecuación de segundo grado—, de este tiempo hasta comienzos del siglo XIX, eso hace algunos años el número imaginario no se sabía qué hacer con él, qué hacer conceptualmente. Y si ahora las cosas están aseguradas a partir del fundamento del número complejo, extensión de los conjuntos numéricos a las cuales se ha terminado por dar su estatuto, no es menos cierto que es bastante fácil para los matemáticos y demasiado fácil no observar que, por supuesto, el término imaginario le permanece ligado, pero que es un número tan bueno como otro, que esta noción que acabo de hacer intervenir, de conjunto numérico, basta para cubrirlo y que no es más imaginario que otro.

Bien, es sobre ese punto que adelantaré una objeción, porque me parece que todo lo que ha constituido así un punto de tensión (12), punto de escansión, el progresivo dominio de las conquistas de ciertas estructuras que evoqué recién bajo el término de conjunto numérico, el obstáculo no debe ponerse bajo el registro de la intuición, de ese velo, de ese cierre, que resultaría de que no pueda ser visualizado algún soporte de aquello de lo que se trata en la combinatoria. Sostengo, por el contrario, que somos llevados a algo más primitivo, que no es otra cosa que lo que intentamos aprehender como la estructura, como la constitución por el significante del sujeto. Y es en tanto que estas diversas formas de la expresión numérica se encuentran reproducidas en diversos tiempos de escansión, digo reproducidas temporalmente, incluso no estamos seguros que es de la misma vuelta que se trata en esta reproducción, es necesario ir a ver. En otros términos, hay, tal vez, formas estructurales de esta falta constitutiva del sujeto que difieren las unas de las otras y que, tal vez, no es la misma falta la que se expresa en este número negativo, a propósito del cual —se puede bien decir que la introducción por Kant, de este número en el campo de la filosofía es, verdaderamente del carácter más desconsolador— quizás haya sido un gran mérito que Kant, haya intentado esta introducción. El resultado es un increíble enredo (13).

Entonces, no es el mismo momento de la falta estructural del sujeto, quizás que se soporta, —no digo ahí—, se simboliza. Acá el símbolo es idéntico a lo que causa, es decir, la falta del sujeto. Volveré sobre esto.

Debe introducirse a nivel de la falta la dimensión subjetiva de la falta(14) y me he sorprendido de que nadie haya reparado en el artículo de Freud sobre El fetichismo, el uso del verbo vermossen, al que se puede ver que en sus tres empleos en este artículo designa la falta en el sentido subjetivo, en el sentido en que el sujeto falla(15).

Nos vemos, entonces, llevados a esta función de la falta en el sentido en que ella está ligada a ese algo de original que, llamándose el corte, se sitúa en un punto donde está el escrito que determine el campo del lenguaje. Si me tomé el trabajo, entiendo, de escribir función y campo de la palabra y del lenguaje, es que función se refiere a la palabra y campo al lenguaje, un campo, eso tiene una definición matemática absolutamente precisa.

La cuestión ha sido planteada en la primera parte de un artículo aparecido, creo, en esta semana en todo caso, es en esta semana que recibí la entrega, por alguien que está muy cerca de alguno de mis auditores y que introduce con una vivacidad, una agudeza, un verdor que le da, verdaderamente, alcance inaugural. Esta cuestión de la función de la escritura en el lenguaje apunta de una manera, debo decir, definitiva, irrefutable a que hacer de la escritura un instrumento de lo que estaría, viviría en la palabra, es absolutamente desconocer su verdadera función, que habría que reconocerla en otra parte y es estructural al lenguaje mismo, de algo de una cosa que he suficientemente indicado yo mismo y aunque no fuera sino en la prevalencia dada a la función del rasgo unario a nivel de la identificación. Para que no haga falta respecto a esto que subraye mi acuerdo, aquellos que han asistido a mis antiguos seminarios, si se acuerdan aún de algo de lo que dije recordar, podrán recordar el valor que he dado a esto. Algo en apariencia tan caduco o ininterpretable como el descubrimiento hecho por Sir Flinders Petrie sobre los cacharros predinásticos, a saber, muy anteriores a la fundación del alfabeto fenicio, precisamente de los signos de este alfabeto pretendidamente fonético, que estaba ahí, muy evidentemente, como marca de fábrica y he acentuado ahí esto; que hay que admitir al menos, incluso cuando se trataría pretendidamente de escritura fonética, que los signos provinieron de alguna parte. Ciertamente no de la necesidad de señalar, de codificar los fonemas. Mientras que todos saben que, incluso en una escritura fonética, no codifican nada, en absoluto. Por el contrario, expresan notablemente la relación fundamental que ponemos en el centro de la oposición fonemática, en tanto se distingue de la oposición fonética. Ahí hay cosas groseras, diría completamente retrasadas en vista de la precisión por la cual la cuestión se planteó en el artículo que les dije. Es siempre muy peligroso, por otra parte, indicar referencias. Hay que saber a quien.

Seguramente aquellos que leerán esto, verán ahí puestas en cuestión ciertas oposiciones, tales como la del significado y el significante. Eso llega hasta ahí. Y verán, tal vez, discordancia ahí donde no hay ninguna. Por otra parte, quien sabe, esto les incitará a leer tal artículo. Antes o después hay algo siempre delicado en esta referencia siempre fundamental de que un significante reenvía a otro significante.

Escribir y publicar no es lo mismo. Que yo escriba, incluso cuando hablo, no es dudoso. Entonces, ¿por qué no publican ustedes más?. Justamente a causa de lo que acabo de decir. Se publica en alguna parte. La conjunción fortuita, inesperada, de ese algo que es el escrito y que tiene así estrechas relaciones con el objeto a , da a toda conjunción no concertada de escrito el aspecto de bote de basura (16) .

Créame, a la hora matinal, donde me sucede llegar a mi casa, tengo una gran experiencia de la poubelle y de aquellos que lo frecuentan. Nada más fascinante que estos seres nocturnos que afanan no se qué, cuya utilidad es imposible de comprender. Me he preguntado durante mucho tiempo por qué un utensilio tan esencial había conservado tan fácilmente el nombre de un comisario (17) al cual se había dado ya un nombre de calle, lo que bien habría bastado para su celebración. Creo que si la palabra poubelle (18) ha venido tan exactamente a colocarse con este utensilio es, justamente, a causa de su parentesco con la publicación.

Para volver a nuestros chinos, ustedes saben, —yo no sé si es cierto, pero es edificante—, no se pone nunca en la poubelle un papel sobre el cual haya sido trazado un carácter. Las gentes piadosas, ancianos, digamos, porque no tienen otra cosa que hacer, los recogen para quemarlos sobre un pequeño altar ad-hoc. Es verdadero, si non e vero e bello (19) , pero totalmente esencial para delimitar esta especie de trampa de exterioridad que intento definir respecto de la función de la poubelle en sus relaciones con el escrito.

Esto no implica la exclusión de toda jerarquía. Digamos que entre las revistas de las que estamos dotadas hay poubelles más o menos distinguidas. Pero, para tomar bien las cosas, no he visto ventajas sensibles sobre las poubelles de la calle Lille, en relación a aquellas de barrios más alledaños.

Entonces, retomemos nuestro agujero. Todos saben que un ejercicio zen tiene, sin embargo alguna relación, aunque no se sepa bien lo que eso quiere decir, con la realización subjetiva de un vacío. Y no forzamos nada admitiendo que para cualquiera, el contemplador medio, verá esta figura, se dirá que hay algo, como una especie de momento culminante, que debe tener relación con el vacío mental que se trata de obtener y que sería obtenido en ese momento singular, brusquedad que sigue a la espera, que se realiza, a veces, por una palabra, una frase, una jaculatoria, incluso una grosería, un pito catalán, una patada en el culo. Es muy cierto que esta especie de payasadas o clowneries no tienen sentido sino respecto de una larga preparación subjetiva.

Pero, sigamos. Al punto al que hemos arribado, si hay vacío, si el círculo debe ser considerado por nosotros como definiendo su valor agujereante, si encontramos ahí el favor de figurar lo que hemos aproximado por toda suerte de convergencias de lo que concierne al objeto a, el objeto a, está ligado en tanto que caída, a la emergencia, a la estructuración del sujeto como dividido. Ahí está lo que representa, debo decir, el punto de la puesta en cuestión.

¿Qué es lo que hay del sujeto en nuestro campo?

Es que este agujero, esta caída, esta ptosis, para emplear aquí un término estoico del que me parece que la dificultad, ciertamente, absolutamente insoluble que hace al comentador para ser confrontada con el único categorón, a esto a propósito de un lektón. Otro término misterioso, tradúzcamoslo con todas las reservas y de la manera más grosera, ciertamente inexacta por significación, significación incompleta, en otros términos, fragmentos de pensamientos. Una de estas posibilidades de fragmento de pensamiento es el doces. Y los comentadores, seguramente sostenidos por la incoherencia del sistema, no se saltean tanto la relación, traduciéndolo por sujeto, sujeto lógico, como se trata de lógica a este nivel de la doctrina estoica. Pero, que podamos reconocer, ahí la traza de esta articulación de algo que cae con la constitución del sujeto, he aquí aquello de lo que creo nos equivocaríamos al no sentirnos confortados.

Entonces, ¿vamos a contentarnos con ese agujero?. Un agujero en lo real, he aquí al agujero, un poco fácil. Estamos todavía ahí al nivel de la metáfora. Encontraríamos, sin embargo ahí, al detenernos un instante, una indicación preciosa. Fundamentalmente algo totalmente indicado por nuestra experiencia, que podría llamarse la inversión de la función del círculo de Euler. Estaríamos todavía en el campo de la operación de atribución. Reencontraríamos ahí el camino necesario para lo que Freud define como Bejahung en principio y única que vuelva concebible la Verneinung. Hay Bejahung y la Bejahung es un juicio de atribución. No prejuzga de la existencia, no dice lo verdadero sobre lo verdadero. Ella da el punto de partida de lo verdadero, a saber, algo que se desarrollará poios, tal es la calificación, la quiddidad, lo que no es, por otra parte, totalmente lo mismo. Tenemos un ejemplo de esto en la experiencia analítica. Está primero para nuestro objeto de hoy. Es el falo. El falo en un cierto nivel de la experiencia, que es, hablando con propiedad, aquella que se analizó en el caso Juanito, el falo es el atributo de lo que Freud llama lo seres animados. Pasemos por alto, si no tenemos una designación mejor, pero, observen que si esto es verdadero, lo que quiere decir que todo lo que se desarrolla en el registro del animismo habrá tenido como comienzo un atributo que no funciona sino al ser ubicado en el centro, al estructurar el campo que está en el exterior y a comenzar a ser fecundo a partir del momento no que cae, es decir, cuando no puede ya ser verdadero que el falo sea el atributo de todos los seres animados. Lo repito si adelanté ese esquema no lo he hecho sino entre paréntesis. Dicho sea de paso, si mi discurso se desarrolla desde el paréntesis, desde el suspenso y desde su clausura, luego de su retoma, muy frecuentemente abarcada, reconozcan ahí, una vez más, la estructura de la escritura.

¿Estaría, pues, ahí uno de estos recuerdos sumarios donde se limitaría la exhaustión que intentamos hacer?. Seguramente no, porque no se trata, para nosotros, de saber en el punto al que llevamos la cuestión como el significante pintarrajea lo real, que podamos colorear cualquier mapa sobre un plano con cuatro colores y que esto baste, —aunque este teorema esté hasta la fecha, como siempre se verifica, aún indemostrado—, no es esto lo que nos interesa.

Hoy no se trata del significante como agujero en lo real. Se trata del significante como determinando la división del sujeto.

¿Qué puede darnos la estructura de esto?. Ningún vacío, ninguna caída del objeto a , más que una angustia primordial y susceptible de dar cuenta de esto y yo voy a intentar hacérselos sentir por medio de consideraciones topológicas. Si procedo así es porque hay un hecho absolutamente sorprendente, es que de memoria de garabateador, —y Dios sabe que eso data de hace tiempo—, incluso si se cree que la escritura es una invención reciente, no hay ejemplo de que todo lo que es del orden del sujeto y del saber al mismo tiempo, no pueda siempre inscribirse sobre una hoja de papel. Considero que hay allí un hecho de experiencia más fundamental que el que tenemos, que al que tendríamos, del que creemos tener de las tres dimensiones, porque hemos aprendido a hacer vacilar un poco estas tres dimensiones. Basta que vacilen un poco para que vacilen mucho. El hecho de que, quizás, se escriba siempre sobre una hoja de papel y que no haya necesidad de reemplazarla por cubos, eso no ha vacilado aún. Debe haber, pues, algo ahí de lo que no quiero decir que haga falta concluir que lo real no es más que dos dimensiones.

Pienso, seguramente, que los fundamentos de la estética trascendental deben ser retomados, que la puesta en juego, aunque no fuera más que a título probatorio de una topología de dos dimensiones para lo que concierne al sujeto, tendría, en todo caso, ya esta ventaja tranquilizante. Si continuamos creyendo, duros como el hierro, en estas tres dimensiones, en efecto, tenemos muchas razones para marcarlos con el apego a estas tres dimensiones, porque es ahí que respiramos.

Esto tendría, al menos, la ventaja tranquilizante de explicarnos en qué lo que concierne al sujeto es de la categoría de lo imposible y que todo lo que nos viene por medio de él, de lo real, se inscribe de entrada en el registro de lo imposible, de lo imposible realizado, lo real en el cual se talla al patrón del corte subjetivo. Es este real que conocemos bien porque lo volvemos a encontrar en el revés, —de algún modo— de nuestro lenguaje. Cada vez que queremos verdaderamente abordar lo que respecta a lo real, lo real es siempre lo imposible.

Retomemos, pues, nuestra hoja de papel. Nuestra hoja de papel no sabemos lo que es. Sabemos lo que es el corte y que de este corte, aquel que la ha trazado está suspendido de su efecto. ¿En tres mil años, cuantos hombres sabrán?.

Habría que saber qué condición debe cumplir una hoja de papel, lo que se llama en topología, una superficie, ahí donde hemos hecho los agujeros, para que este agujero sea una causa para saber intercambiar algo (20).

Observen que para lo que intentamos captar, lo que corresponde al agujero, no vamos a meternos a suponer otro. Esto nos basta. Si este agujero ha tenido como efecto hacer precipitar una caída, un jirón, es necesario que lo que

queda no sea lo mismo, que no sea la misma cosa. Porque si es la misma cosa es, exactamente, lo que se llama un agujero o una estocada (21) en el agua.

Y bien, si nos confiamos al soporte intuitivo más accesible, más familiar, más fundamental, y del que no se trata —por otra parte— de despreciar, por supuesto, ni el interés histórico, ni la importancia real a saber: una esfera —les pido acá perdón a los matemáticos. Es a la intuición a lo que apelo aquí, ya que no tenemos más que una superficie de la cual se corta y ya que no tengo que apelar a algo que está sumergido justamente, en el espacio de tres dimensiones, a saber lo que quiero, simplemente, decir, al pedirles evocar una esfera, es que piensen que lo que queda alrededor del círculo no tiene otro borde. Ustedes no pueden intuir eso en el estado actual de las cosas más que bajo la forma de una esfera, una esfera con un agujero. Si ustedes reflexionan sobre la que es una esfera con un agujero, es exactamente lo mismo que la tapa que acaban de hacer caer. La esfera tiene la misma estructura. La caída de la que se trata en este trazo fundamental no tiene otro efecto que hacerles surgir en el mismo lugar lo que acaba de ser ablacionado. Esto no nos permite, en ningún caso concebir algo que, respecto del sujeto que nos interesa, sea estructural.

Como hace falta que avance no haré más que una alusión rápida al hecho de que Mr. Brouwer —personaje considerable en el desarrollo moderno de las matemáticas— demostró este teorema topológicamente. Topológicamente es el único que nos da el verdadero fundamento de la noción de centro una homología topológica. Son dos figuras cualquiera, no tanto provistas de un borde, que pueden ser por deformación de ese borde, demostradas homeomorfas. En otros términos, ustedes tomen un cuadrado, es topológicamente lo mismo que este círculo. Porque ustedes no tienen más que soplar —si me puedo expresar así—, en el interior del cuadrado, se inflará como un círculo. E inversamente, de un golpe de martillo sobre el círculo, sobre este círculo de dos dimensiones, ustedes dan un martillazo de dos dimensiones del mismo modo y hará un cuadrado. Esta demostrado que esta transformación de cualquier manera que sea hecha deja al menos un punto fijo, —donde, cosa más astuta y menos fácil de ver inmediatamente aunque ya lo primero no sea tan fácil—, o un número impar de puntos fijos.

No me extenderé en esto. Quiero decirles, simplemente, que este nivel de estructura de la superficie, la estructura es, si puede decirse, concéntrica, incluso si es por el exterior que pasamos. Les quiero decir intuitivamente para percibir lo que se reúne al nivel de este borde. Se trata de una estructura concéntrica.

Hace mucho tiempo que he dicho, me veo aún llevado a decirlo, —pero no lo diría, sin embargo—, que Pascal era muy mal metafísico. Ese mundo de los dos infinitos, este trozo literario que nos rompe las bolas casi desde nuestro nacimiento, me parece ser la cosa más desusada que se pueda imaginar. Este otro tropos antiaristotélico, donde el centro está en todos lados y la circunferencia en ninguna parte, me parece ser la cosa más insignificante que existe.

Si no fuera porque haría surgir fácilmente de esto toda la teoría de la angustia de Pascal. Lo haría tanto más fácilmente cuanto que en verdad creo en señalamientos estilísticos que me han sido aportados por ese gran lector en materia de matemáticas, que me ha rogado referirme al texto de Desargues, —que era otro gran estilista como Pascal—, para percibir muy firmemente, por otra parte, de la importancia que las referencias de Desargues podían tener para Pascal, lo que cambiaría todo el sentido de su obra.

Sea como sea está claro que sobre esta estructura concéntrica, esférica, si el círculo puede estar en todos lados, seguramente el centro no está en ninguna parte. Dicho de otro modo, salta a los ojos de cualquiera que no hay centro en la superficie de una esfera. Ahí está la incoherencia de la intuición pascalina.

Y ahora se plantea el problema. Para nosotros, de saber si no puede haber para explicarnos en términos no de imágenes, sino, quizás, de ideas, y que los da la idea de donde los guía, si en este exterior de lo que llamé el círculo muy intencionalmente, y no circunferencia, el círculo quiero decir lo que ustedes llaman ordinariamente en geometría, circunferencia; lo que se llama habitualmente círculo yo lo llamaría disco o jirón (22), como hace un rato.

¿Qué es necesario que haya por fuera para estructurar el agujero? Dicho de otro modo, para que el corte del que resulta la caída del objeto a , haga aparecer sobre algo que estaba totalmente cerrado hasta ahí y donde, pues, nada podía aparecer, para hacer aparecer una estructura que satisfaga lo que nosotros exigimos de la constitución del sujeto, el sujeto como fundamentalmente dividido?.

Esto es fácil de hacer aparecer, porque basta que ustedes observen la manera en que está dispuesto este círculo, en la manera en que lo volví a trazar, para que se den cuenta de que si este trazado lo conciben vacío, como les enseñé a leer vacío, éste (gráfico)

deviene muy simplemente, y esto salta a los ojos. Pienso, de todos modos, haberles hablado bastante hasta aquí de la banda de Moebius para que la reconozcan. Es la montura, la armadura, de lo que les permite ver sostenida e inmediatamente intuible, una banda de Moebius. Ustedes la ven aquí. Junten, si puedo decirlo, con un trazo cada uno de sus bordes. Ustedes la ven invertirse y venir a coserse a nivel de su revés, a lo que era antes su anverso. La banda de Moebius tiene muchas propiedades. Hay una Mayor, capital, que les he suficientemente representado. Pienso en los años precedentes, hasta que con un par de tijeras aquí yo mismo se los he demostrado, a saber, que una banda de Moebius no tiene ninguna superficie, que es un puro borde. No solamente no hay más que un borde en esta superficie de la banda de Moebius, sino que, si la dividen por el medio ya no hay banda de Moebius porque es mi trazo de corte, en la propiedad de la división que instituye la banda de Moebius.

Ustedes pueden retirar de la banda de Moebius tantos pedacitos como quieran, siempre habrá una banda de Moebius en tanto que algo de la banda quede, pero no será siempre la banda lo que tendrán. La banda de Moebius es una superficie tal que el corte trazado en su medio es la banda de Moebius. La banda de Moebius en su esencia es el corte mismo.

He aquí aquello en lo cual la banda de Moebius puede ser para nosotros el soporte estructural de la constitución del sujeto como divisible.

Voy aquí a adelantar algo de lo que los indico en el nivel topológico estricto: la inexactitud. No obstante no es esto lo que nos va a molestar, porque me veo obligado a explicarles algo de un modo inexacto o no explicarles en absoluto. Este es uno de estos ejemplos tangibles de estos impasses subjetivos que son, precisamente, aquellos sobre lo cual nos fundamos.

Entonces, me adelanto, habiéndoles advertido suficientemente que en estricta doctrina topológica esto es inexacto. Ustedes pueden observar que mi banda de Moebius —hablo de aquella que se dibuja sobre la montura de este objeto a, esta montura, se los dije, es exactamente un jirón (23) esférico, que no se distingue en nada de lo que los he demostrado hace un rato, a propósito del agujero, de Jiu Oun. Para que pueda servir de montura una banda de Moebius, resulta que la banda de Moebius cambia radicalmente su naturaleza de jirón o de porcioncita soldándose a él. Aquello de lo que se trata es de una textura tejida, herencia, de una estopa, de algo así, que habiendo pasado la huella de un cierto corte, dos elementos distintos, heterogéneos, aparecen, de los cuales una es una banda de Moebius, el otro es este jirón (24) equivalente a cualquier otro esférico. Esta banda de Moebius produzcanla mediante la imaginación. Vendrá en esta línea necesariamente —si la cosa está sumergida en tres dimensiones ahí está mi inexactitud. Pero, es una inexactitud que no basta para separar el problema del hecho de que algo que está indicado en las tres dimensiones por un recruzamiento, un recorte, queda finalmente la figura total de lo que se llama comúnmente una esfera coronada con un gorro cruzado o cross-cap, que da lo que está dibujado acá en rojo. Pueden imaginar siempre, seguramente, inexacto y sumergido en la tercera dimensión, como teniendo abajo y a nivel de esta base, de este de este cruzamiento, teniendo esta copa.

(gráfico)

Todo corte que pasa a nivel de lo que esquemáticamente esta representado como esta traza de recruzamiento, todo corte cerrado que pasa por este recruzamiento, es algo que disipa, si puedo decirlo, instantáneamente, toda la estructura del cross-cap. Gorro cruzado o plano proyectivo, a diferencia de una esfera que no deja su estructura fundamental concéntrica a propósito de cualquier corte o borde cerrado que ustedes puedan describir sobre su superficie.

Aquí al corte introduce un cambio esencial, a saber: la aparición de una banda de Moebius. Y, por otra parte, este jirón o porcioncita. Y, sin embargos lo que acabo de decirles es que el trazo acá dibujado en negro, que es un trazo simple, un borde cerrado, del mismo tipo que el dibujo, de Jiu Oun, la redujo, se los dije, toda entera a esta porcioncita.

Entonces, ¿dónde está el acertijo?. Pienso que recuerdan aún lo que les dije hace un rato, a saber: que el corte mismo es una banda de Moebius, como pueden verlo en este segundo trazado que hice sobre la misma figura al lado. Figura que se esquematiza en algo, tripa donde les intento hacer intuir lo que concierne al plano proyectivo. Si ustedes separan los dos bordes, si puedo decirlo, que resultan del corte acá trazado en negro, obtienen una hiancia que está hecha como una banda de Moebius. El corte mismo tiene la estructura de la superficie llamada banda de Moebius. Aquí la ven figurada por un doble trazo de tijeras que podrían hacer igualmente y donde recortarían, efectivamente, la figura total, plano proyectivo o gorro cruzado, como lo llamen, en dos partes: una banda de Moebius, por una parte, aquella está considerada como recortada, en ella sola y un resto, por otra parte, que es lo que juega la misma función del agujero en su forma primitiva, a saber, del agujero que se obtiene sobre una superficie esférica. Esto es fundamental a considerar y es necesario que vean otro figura bajo la forma esquematizada y más propiamente, topológica, que es aquella que yo complemento inscribe sobre este pizarrón, de donde pienso que ustedes lo ven.

(gráfico)

Entonces, que el modo en el que se sutura el primer agujero, al agujero esférico, aquel que llamé concéntrico, la topología nos revela que nada es menos concéntrico que esta forma de centro atinente a la función del primer jirón, porque para cerrar el agujero sobre la esfera basta un simple corte que junte los dos pedazos de un modo simple, tal que una costurera les hará cualquier zurcido. El corte instaurado, si toman la cosa en sentido inverso, mediante la banda de Moebius, implica un orden y ahí está realmente nuestra tercera dimensión, lo que nos justifica haber introducido hace un rato una tercera falsa para hacerles sentir el peso de estas figuras. Esta dimensión de orden, dicho de otro modo, que representa un cierto asiento temporal, implica que para realizar este agujero, el agujero segundo del que voy a explicarles las propiedades topológicas, es necesario que un orden, que es un orden diametral —diametral, es decir, aparentemente espacial— fundados según el trazo medio, les da al soporte figurado donde, propiamente, se lee que esta especie de corte es, justamente, el que esperábamos. Es decir que no se realiza sino debiendo dividirse al mismo tiempo. Dicho de otro de, si es no de una manera intuitiva y visual, sino, de una manera mental que ustedes intentan realizar aquello de lo que se trata. A partir del momento en que ustedes piensan que la a, el punto a, sobre es círculo es idéntico al punto a diametralmente opuesto, lo que es la definición misma de lo que fue introducido en otro contexto, en la geometría métrica por Desargues. Dicho de otro modo, el plano proyectivo. Y Dios sabe que Desargues al escribirlo, él mismo subrayó lo que tenía de paradójico, de pasmoso, de enloquecedora, —en fin—, una tal

concepción. Lo que prueba bien que los matemáticos son muy capaces de concebir, ellos mismos, los puntos de transgresión, de franqueamiento, que son los suyos, a propósito de la instauración de tal o cual categoría estructural. Si ellas se olvidaran, por otra parte, siempre estarían sus cofrades para recordárselo, diciéndoles que no se comprende nada de lo que dicen, lo que sucede a cada momento. Y especialmente lo que sucedió a Desargues cuando los muros de Lyon se cubrieron de libelos, donde se insultaba a propósito de cosas, ustedes lo ven, apasionantes. Bellos tiempos, maravillosa época.

El A y el a son el mismo ... ¿Qué quiere decir esto si es que, incluso, si consideramos esto como el agujero, la conjunción de los bordes no podría hacerse sino dividiendo este agujero, sino viniendo a pasar ahí en el movimiento, si puedo decirlo, de su conjunción. Encontramos ahí el modelo de lo que respecta al sujeto en tanto que determinado por un corte. Debe, necesariamente, presentarse como dividida en la estructura misma.

No pude por supuesto, hoy llevar más lejos el punto al que deseaba hacerlos llegar. Sepan solamente que al referirnos a otras dos estructuras topológicas, que son, respectivamente, la botella de Klein, en tanto que ya se los mostré, esta hecha, compuesta, por la costura conjunta de dos bandas de Moebius.

Ustedes lo verán, esto no basta, en absoluto, para que nosotros deduzcamos de esto por simple adición sus propiedades. Por otra parte, el toro, que es aún otra estructura. Podemos, a partir de estas primeras definiciones concernientes al sujeto dividido, concebir de qué pueden servirnos estas dos otras estructuras de la botella de Klein y del toro, para establecer relaciones fundamentales que nos permitirán situar con un rigor que jamás ha sido obtenido hasta aquí en el lenguaje ordinario, en la medida en que el lenguaje ordinario culmina en una entificación del sujeto, que es el verdadero nudo y clave del problema. Cada vez que hablamos de algo que se llama sujeto hacemos un uno.

Ahora bien, lo que se trata de concebir es, justamente, esto. Es que el nombre del sujeto es éste. Falta el uno para designarlo. ¿Qué lo reemplaza?. ¿Qué viene a hacer función de este uno?. Seguramente muchas cosas. Pero, si no sé que muchas cosas muy diferentes, el objeto a de un lado, por ejemplo, el nombre propio, por otro, cumplen la misma función, es muy claro que no se puede comprender nada, ni de su distinción —porque cuando se percibe que cumplen la misma función se cree que es la misma cosa— ni del hecho mismo que cumplen la misma función. Se trata de saber dónde se sitúa, donde se articula este sujeto dividido en tanto que tal.

El toro, por una parte, figura tan ejemplar que ya en el año de mi seminario sobre La identificación, que excepto las orejas frescas que tenía ese año, nadie escuchaba lo que estaba diciendo, tenían otras preocupaciones. En mi seminario sobre La identificación, mostré el valor ejemplar que podía tener el toro para ligar de una manera estructuralmente dogmatizable la función de la demanda y la del deseo, hablando con propiedad, a nivel del descubrimiento freudiano, a saber, del neurótico y del inconsciente. Verán de esto el funcionamiento ejemplar. Lo que puede estructurarse del sujeto está totalmente ligado estructuralmente a la posibilidad de la transformación, del pasaje de la estructura del toro a la banda de Moebius. No la verdadera del sujeto, sino, la banda de Moebius en tanto que dividida, en tanto que una vez cortada por el medio ya no es una banda de Moebius, es una cosa que tiene dos caras, un derecho y un revés, que se enrolla sobre sí misma de una manera divertida, pero que, como les aporté el modelo de esto para que la vieran de un modo sensible, deviene aplicable sobre esto que se llama corrientemente un anillo y que es un toro. Esta conexión estructural permite articular de un modo particularmente claro y evidente ciertas relaciones que deben ser fundamentales para la definición de las relaciones del sujeto, de la demanda y del deseo. Del mismo modo, a nivel de la botella de Klein solamente podrá definirse la relación original tal como se instaura a partir del momento en que en el lenguaje entra en función la palabra y la dimensión de la verdad.

La conjunción no simétrica del sujeto y el lugar del Otro es lo que podremos ilustrar gracias a la botella de Klein. Sobre estas indicaciones simples los dejo dándoles cita el primer miércoles de Enero. Para el cuarto miércoles de este mes ruego encarecidamente a todo aquel que en esta asamblea, que esté de cualquier modo que sea interesado en la progresión de lo que intento aquí hacer avanzar, que tenga a bien, —cualquiera sea la suerte que yo reservara a la hoja de información que habrá llenado—, es decir que, yo lo invite o no el cuarto miércoles, considerar que no es en razón de sus méritos o sus deméritos que están o no invitados. Están o no invitados por razones que son las mismas que las que Platón definió en la función de la política. Es decir que, no tiene nada que ver con la política, sino con aquello que más bien debe considerarse como la del tapicero. Si me hacen falta unos hilos de un color y otros hilos de otro color para hacer ese día una cierta trama, déjenme elegir mis hilos. Que yo haga esto este año a título de experiencia cada uno de los cuartos miércoles, es algo que el conjunto de mis auditores, y tanto más cuanto que son más fieles, y tanto más cuanto que pueden estar verdaderamente interesados por lo que yo digo, deben, de alguna manera, dejar a mi discreción. Ustedes me dejarán, pues, para el próximo cuarto miércoles invitar a quien me parezca bien para que el tema dado de discusión, de diálogo, que funcione ese día se haga en las mejores condiciones. Es decir, con interlocutores expresamente elegidos por mí. Los que no formen parte de ese miércoles no tienen por qué ofenderse.

Notas del Traductor

1 1 -{Las indicaciones de corchetes en la edición se corresponden a:

2 -celebrados -

3- esa elección que no lo es -

4-alcance -

5-el agujero de la falta del objeto

6 -convención

- 7 -nombre
- 8 -necedades
- 9 -el psicoanálisis mismo
- 10 -les responderé en caracteres japoneses no chinos
- 11 -(disciplina)
- 12 -de detención
- 13 -entorpecimiento
- 14 -marca
- 15 -(Manque son affaire)el sujeto falla su asunto
- 16 - (Poubelle)
- 17 -prefecto
- 18 -(Bote de basura)
- 19 -(si no es verdadero es bello)
- 20 -haya cambiado algo
- 21 -sablaz
- 22 -fragmento
- 23 -fragmento
- 24 -fragmento

#### Clase 4

22 de Diciembre de 1965

Agradezco muy vivamente a Green por esta admirable exposición (1) que acaba de hacernos sobre su posición respecto de lo que he, como él lo recordó, pacientemente traído, construido, producido y que no terminé de producir concerniente al objeto a. Verdaderamente, mostró, muy notablemente todas las conexiones que esta noción comporta. Diré, incluso, que todavía dejé al margen algo que podía haber llevado más lejos, lo sé. Y fundamentalmente en cuanto a la organización de los diversos tipos de cura de lo que constituye, hablando con propiedad, la función del objeto a en cuanto a la cura.

Le agradezco haber hecho esto que es mucho más que un resumen, que es una verdadera animación, una evocación excelente las diferentes etapas, lo repito, en las cuales se puede precisar ahí mi investigación o mis descubrimientos.

No le voy a responder ahora porque tenemos un programa. Pienso que querrá colaborar del modo más estrecho con lo que acaba de ser recogido para que el texto de lo que dio hoy, que hace falta y que puede servirnos de referencia a lo que será desarrollado y, espero, completado o aumentado este año, pienso que es una excelente base de trabajo para aquellos que formarán parte especialmente de este seminario cerrado.

Muchas gracias Green. Usted cumplió su tiempo con una exactitud que yo no podría elogiar suficientemente. Entonces, le doy la palabra a Conté que les va a proponer cierta exposición de lo que concierne a los artículos de Stein que van a ser interrogados hoy.

No obstante aprovecho el intervalo para hacerles partícipes de esto. Es que un círculo de estudio y de trabajo que se llama el Círculo de Epistemología y que pertenece a la Escuela de la cual somos los huéspedes acá, este Círculo de Epistemología se constituyó en el curso del cartel: Teoría Del Discurso De La Escuela Freudiana y va a publicar unos Cahiers pour l'analyse. El título mismo de estos cuadernos ya no se discute. Pero, de todos modos, les doy la dirección y la apertura, la posibilidad de acogida. Estos cuadernos serán puestos, seguramente, a disposición aquí, a la entrada del Seminario. Pero, en la Ecole Normal de un modo permanente e igualmente en la Sorbona, en un lugar que se les designará ulteriormente. He dado estos cuadernos que me parecen animados del espíritu más fecundo y esto desde hace mucho tiempo. Quiero decir que el Círculo que va a editarlos me parece que merece toda nuestra atención. He dado mi primera conferencia de este año que, como ustedes lo constataron, estaba escrita para que ella sea publicada en el primer número. Habrá otras cosas, lo verán entonces.

CONTÉ: —Voy a hablar de dos artículos de Stein, dejando de lado el tercero, más reciente, su conferencia sobre El juicio del psicoanalista, que me pareció plantear problemas en un nivel diferente. Hay, pues, aquí dos artículos que se suceden y que están consagrados simultáneamente a proveer una cierta localización de la situación analítica y a elaborar una teoría del peso de la palabra del analista en sesión.

El primer artículo acentúa, sobre todo, la referencia al narcisismo primario. El segundo, que introduce la oposición del narcisismo al masoquismo, es esencial a la concepción de la transferencia.

Voy, primero, a dar cuenta rápidamente, —demasiado rápido seguramente—, de lo que me pareció constituir la contribución teórica esencial de este trabajo. Se me perdonará, espero, pasar, —quizás un poco rápido—, sobre ciertas articulaciones y, sobre todo, de privar a estos escritos de su referencia a casos clínicos precisos que le dan todo su valor de reflexión sobre una experiencia psicoanalítica.

Stein querrá, al menos, reprenderme en el caso en que yo haya traicionado o traducido mal su pensamiento.

Daré, a continuación, un cierto número de observaciones, críticas que no tienen otro fin que el de intentar captar en la elaboración original que es la suya los puntos de divergencia con la enseñanza de Lacan y, de este modo, abrir un debate.

El primer artículo es, pues, La Situación Analítica: Observaciones Sobre La Regresión Hacia Al Narcisismo Primario En La Sesión Y El Peso De La Palabra En El Análisis. Apareció en la Revue française de psychanalyse 1964 N°2.

El propósito de Stein apunta a elucidar el modo de acción de la interpretación, pero, lo cito aquí para poder abordar útilmente la cuestión. Hay que preguntarse primero en qué reside el poder de la palabra en el curso de la sesión, cualquiera sea la elección del contenido de la interpretación, lo que desemboca en el problema del poder de la palabra en general.

El problema, Stein lo va a abordar a partir de ciertos momentos privilegiados del análisis. Tal es, en efecto, la consecuencia de la regla fundamental: habiéndosele pedido ponerse en un estado de atención flotante, el paciente escucha por dentro y habla en un sólo movimiento. La percepción y la emisión de su palabra se confunden. El no habla, ello habla. El analista por su lado, él también en estado de atención flotante, escucha el ello habla. No escucha en persona. Ello escucha, pero, la palabra y la escucha no hacen dos. El paciente y el analista tienden a estar ambos en uno en el cual esta contenido todo.

La situación analítica idealmente realizada se parecería absolutamente al dormir y el discurso que se haría oír ahí sería un sueño. Lo que está en juego en la situación analítica es, pues, una regresión tópica que comporta la abolición de los límites entre el mundo exterior y el mundo interior, tanto del lado del paciente como del lado del analista. Esta regresión tópica es una regresión hacia el narcisismo primario que se expresa en una cierta manera de bienestar que marcaría, —nos dice Stein—, ser llamada sentimiento de expansión narcisista, o incluso, en la ilusión de tener el objeto del deseo. Es lo que dice, a propósito, un ejemplo clínico o en el síndrome de beatitud que acompaña el comienzo de ciertos análisis.

Ahora bien, tales momentos del análisis raramente dejan de suscitar en sesión la evocación del pasado. La regresión tópica en la situación analítica es, hablando con propiedad, la condición de la regresión temporal. Y es en la regresión tópica que se actualiza un conflicto que aparece como repetitivo del pasado.

Sigo citando: lo que sucede en el caso de esta actualización es análogo a lo que se produce durante el momento de despertar; el soñador formula el texto de su sueño.

Aquí el paciente sabe de su estado de libre asociación para dirigir la palabra del analista. Ello ya no habla, él habla. Él reflexiona sobre sí mismo. Y, correlativamente, se dirige al analista como el objeto de su discurso. Es en este punto preciso, nos dice todavía Stein, que emerge la agresividad, porque la agresividad, como nos dice Freud, nace con el objeto.

La continuación del artículo enriquece esta articulación con un cierto número de precisiones. En particular puede haber en el curso de la cura la defensa contra la agresión narcisista, en tanto que ella puede favorecer la reaparición de conflictos inconscientes y de angustia.

Al hablar fácil, característico del estado de atención flotante o al silencio de estilo fusional, se opone así el hablar sin discontinuar o el silencio vigil, que expresa siempre la defensa contra la regresión narcisista, siendo la palabra del analista, en tal caso, anhelada como protección contra la regresión, pero al mismo tiempo, temida en tanto que ella priva al paciente de una satisfacción sustitutiva de la expansión narcisista, a saber, el ejercicio de la omnipotencia. La doble incidencia de la palabra del analista se encuentra así situada. Pronunciada en persona rompe la expansión narcisista, mientras que haciéndose oír como participando del ello habla favorece esta regresión. La entonación o la elección del momento de hablar pueden dar cuenta de uno u otro de estos efectos que están, de hecho, habitualmente presentes, simultáneamente, pero en proporción variable.

Señalé que el primer artículo introducía, pues, una posición del analizado que, en relación al narcisismo, tiene valor de una situación de compromiso. Temiendo la regresión el paciente intenta reducir al analista al silencio, escapar a la fluctuación haciéndose ordenador, conservar el dominio y de ese modo, un goce sustitutivo de la regresión narcisista.

El segundo artículo elabora esta posición oponiendo esta vez el narcisismo al masoquismo del paciente en la cura. Se trata de una conferencia titulada: Transferencia y contratransferencia o El masoquismo en la economía de la situación analítica. Pronunciada en Octubre de 1964 y que agradezco a Stein haber querido poner a nuestra disposición.

La expansión narcisista en el curso de la sesión esta siempre amenazada por la eventualidad de la intervención del analista, en tanto que esta implica a dos personas separadas. Por lo tanto, un corte entre el paciente y lo que no es él, una falta por donde se introduce un poder heterogéneo, es decir, algo que debe ponerse en relación con el principio de realidad.

Ahora bien, en este nivel se realiza una falsa ligazón constitutiva de la transferencia. En la situación analítica se produce un fenómeno de confusión, de coalescencia entre la representación de la intervención del analista y el reconocimiento de la realidad del hecho de que puede hablar. El analista aparece como el origen de la realidad de la existencia, como el origen del poder desfalleciente. El psicoanalista aparece como frustrando al paciente de su placer por su propia voluntad mientras que no es, en absoluto, amo de la frustración, que el paciente experimenta en su corte con lo que no es, en absoluto, él.

Este fenómeno, nos dice Stein, nos es conocido bajo el nombre de transferencia. La intervención del analista pasa desde ese momento por un abuso de poder. La transferencia tiene por correlato el masoquismo. Pero, al conferir al analista tal poder absoluto, el sujeto apunta, de hecho, a volverse amo de ese mismo poder que falta a su realización narcisista; presentándose como bufón hace del psicoanalista su rey. Va a sufrir por el placer, es decir, intentar negar la realidad de la existencia reconociéndola, ya que la realización narcisista es diferida. Más



fundamentalmente aún, apunta a mentir al psicoanalista, a mantener indefinidamente su deseo no satisfaciéndolo en absoluto. Se trata, para él, de ser el objeto faltante, objeto cuya completud figura en suma, la realización del narcisismo que no podría ser. Mediante esta realización sustitutiva simula la posibilidad de que la frustración pueda ya no ser.

Esto nos hace, entonces, acceder al paso siguiente que es el reconocimiento del objetivo sádico implicado en el masoquismo del sujeto, a saber, al llamado a la contratransferencia, porque el psicoanalista que sufre el destino común de no poder escapar a la frustración puede en el límite dejarse engañar y creerse, en efecto, amo de la frustración. Permaneciendo frustrado en la realidad de su existencia estaría, desde entonces, tentado de atribuir la no realización de su propio narcisismo al sólo incumplimiento de su paciente, devenido así el objeto que le falta. Es así que la transferencia se establece en la meta ilusoria de la restauración de una realización narcisista supuesta, perdida bajo el signo de la incertidumbre. La terminación del análisis, a la inversa, implica el acceso a un cierto orden de certidumbre en la existencia o de saber en la frustración.

A partir de este muy breve resumen de dos trabajos de Stein, voy a proponer un cierto número de observaciones críticas que se van a ordenar en tres grupos.

El primer grupo concierne al primer artículo sobre todo donde la oposición o la alternancia introducida por Stein está destinada a dar cuenta, en este nivel, del dinamismo de la cura. Recuerdo que él sitúa, por una parte, la regla de libre asociación que tiende a inducir en el paciente un movimiento de regresión hacia el narcisismo primario, caracterizado como fusión con el analista, y, por otra parte, la regresión tópica hacia el narcisismo condicional a una regresión temporal, a saber, la reemergencia de los conflictos antiguos en la repetición de los conflictos en que consiste, hablando con propiedad, la transferencia. La compulsión de repetición aparece como la negación de la compulsión a la regresión tópica, donde cito aún otra fórmula todo el análisis está en esta oposición.

Están en estas palabras todas las cuestiones que quisiera plantear concernientes a la situación fusional. Recuerdo dos fórmulas, hay un único ello hablando y escuchando, o, incluso, el paciente y el analista tienden a estar en una mano en la cual está contenido todo.

Y bien, los momentos en que parecen confundirse la percepción la emisión de la palabra en una inmediatez de donde se aboliría toda pantalla y todo intermediario, si evocan, efectivamente, ciertas situaciones clínicas parecen bastante excepcionales en el conjunto y plantean, pues, de entrada el problema de su significación en la cura y, particularmente, en relación a la transferencia. Ciertamente está a lo que Stein elabora en su trabajo, pero al nivel, por así decirlo, una experiencia clínica global. Estaríamos tentados de preguntarle que lo condujo a elegir, a privilegiar situaciones relativamente escasas, hacer de esta uno de los hitos fundamentales de la cura. O incluso para mantenernos en este nivel clínico, quisiéramos, tal vez, saber tender a relacionar tales hechos a una estructura neurótica determinada, por ejemplo, o bien como lo situaría en relación al conjunto de la cura y en relación a sus diferentes tiempos. En un registro ahora más teórico se plantearía el problema de saber cómo concibe Stein la regresión tópica en la cura y en qué medida le parece implicar una situación de estilo fusional, mientras que parecería tener, a primera vista relación con algo que sería, por el contrario, del orden de un develamiento del Gran Otro —para referirnos aquí a la enseñanza de Lacan—, o aún, ¿hay lugar de hacer converger el acto de libre asociación y la actividad del sueño, por una parte, la reemergencia del conflicto y el relato del sueño concebido como reflexión sobre el sueño, por la otra?.

Sabemos, por ejemplo, que una duda que apunta a uno de los elementos del sueño en el momento de su relato, enunciado en el relato, debe ser considerada como formando parte del texto del sueño y que el sujeto aparece implicado en el texto del sueño precisamente. Paralelamente, a propósito del único ello hablante y escuchante, le preguntamos lo que respecta al analista en los momentos narcisistas de la cura. Su modo de ser, ¿debe compararse a la actividad del sueño?. Dicho de otro modo, ¿esta él también sometido a la regresión tópica o se trata, más bien, de un fantasma de fusión del analizado?. A propósito ahora del narcisismo primario, está presentado como una situación límite referida a una identificación primaria fusional o a un estado de satisfacción alucinatória del deseo, que supone una situación regida por el principio del placer.

Una nota que hace referencia a ... pone la fusión en relación con la puesta en suspenso de la palabra separador y parece implicar referencia a un estado anteverbal o preverbal. Ciertamente se nos subraya que la regresión en sesión no ataca jamás completamente al narcisismo primario. Por supuesto, hay solamente movimiento hacia. No obstante, en cierto número de pasajes del texto parecen proponer el narcisismo como algo que sería uno de los pases primordiales o un primer tiempo del desarrollo.

El segundo artículo, por el contrario, introduce otro aspecto. El paciente para figurar la realización del narcisismo imposible es conducido a intentar plantearse como el objeto faltante, en el límite, el objeto colmante de su analista. Parece así apuntar a la restauración del narcisismo del Otro y este narcisismo se presentaría, entonces, como el mito o el fantasma de la completud del deseo del Otro.

Nos habíamos preguntado cual de estos dos aspectos parecía a Stein el más decisivo, el más esencial o, incluso, cómo los articulaba entre ellos.

Luego de esto, Stein, en su conferencia sobre El juicio del psicoanalista, aportó sobre este tema un cierto número de articulaciones precisas y pienso que es en esta dirección que sería conducido a responderle. Mantengo, no obstante, la interrogación, en la medida en que el problema quedaba planteado al nivel de estos dos primeros artículos.

A propósito ahora del segundo artículo, más especialmente, quisiera interrogar el texto de Stein sobre los hitos teóricos en ciertas categorías lacanianas, fundamentalmente el Gran Otro, el pequeño otro y el objeto a. Debo decir, a propósito de esto, que es la categoría del otro imaginario la que parecía más frecuentemente sobresalir en el punto en el que su trabajo me pareció tender, en diferentes momentos, a presentar la situación analítica como una situación dual, por ejemplo, cuando pone el acento sobre la dialéctica de la frustración en el análisis.

Del mismo modo, en el primer artículo se nos dice que en el momento de la reactualización del conflicto, al nacer la agresividad con el objeto, el paciente sale de la fusión para dirigirse en persona al analista, también responsabilizado como objeto de su discurso. ¿No es situar ahí al analista, esencialmente, como el otro imaginario de la rivalidad agresiva?. Ciertamente Stein introduce también el Gran Otro que se encuentra, igualmente, ciertamente implicado por lo que acabo de decir, e igualmente cuando el analista se encuentra designado como amo de la frustración o fuente del poder heterogéneo. Pero, me parece sin embargo, difícil diferenciar en su texto el Otro del otro de la relación imaginaria.

En fin, Stein introduce algo que parecería cercano a la categoría del objeto a, —en particular en el segundo artículo—, el analizado que intenta situarse como el objeto faltante del analista.

Sin querer retomar aquí el aporte de Lacan concerniente al objeto a y la articulación del deseo edípico y el deseo masoquista, hago la observación de que Stein parece, en este momento, comprometerse en una descripción de la situación analítica en términos de deseo.

Reencontramos, entonces, la cuestión. ¿Cómo articula este nivel con el del narcisismo?. En particular, debemos situar el objeto a como aquello cuya posesión en el límite sería restauración de la completud perdida?; o, incluso, si el narcisismo es sinónimo de la desaparición de los límites entre el yo y el no-yo, ¿debe verdaderamente compararse lo que puede conducirse en el curso de la cura del orden de una evocación fantasmática del objeto, que me parecía simplificar una estructura articulada más bien que una indicación fusional?

Finalmente, tercer grupo de observaciones. Quisiera, para terminar, retomar las cosas en el nivel de lo que hace acto del trabajo de Stein y le da todo su valor para nosotros, a saber, la ubicación de la referencia, de la elección de la palabra del analista como tal, aún, del poder de la palabra. Lo que debe parecer, primero, ser señalado es que Stein parece llevado a deber orientar su búsqueda en relación a una serie de oposiciones de dos términos. Por ejemplo, la alternancia regresión narcisista\reemergencia de los conflictos. O bien la oposición narcisismo\masoquismo, recubriendo esto las dualidades freudianas: principio del placer\principio de realidad, proceso primario\proceso secundario. ¿Se trata ahí de un modelo conceptual que deberíamos considerar como necesariamente implicado como encuadre de la situación analítica?. Stein ve, seguramente, el término de estas frases. Es, en suma, una interrogación sobre la impresión que da su texto, que está centrado, finalmente, esencialmente, sobre la oposición real-imaginario, haciendo pasar a segundo plano la dimensión propia de lo simbólico.

Ciertamente, mi impresión depende, probablemente, del hecho de que Stein, en este texto, no expone más que uno de los niveles de su articulación. Pero, en este nivel mismo la cuestión merecía, quizás, no obstante, ser planteada.

Por ejemplo, en el primer artículo, la palabra del analista toma su peso de que ella va en el sentido de la regresión e introduce, por el contrario, una ruptura, restituyendo, entonces, la dualidad de las personas. La palabra está ahí para reforzar la unidad o subrayar la dualidad.

Esta última eventualidad parece más esencial, ya que Stein sostiene su punto de vista situando a la palabra como lo que interviene para romper el narcisismo separando el yo de sus objetos. La palabra es corte. Ella es este corte que introduce la doble polaridad sujeto-objeto.

Declaro acá no saber muy bien si hay lugar de introducir, esencialmente, la palabra como corte que engendra una dualidad y no captar tampoco exactamente cómo se acuerda esta presentación con lo que está dicho de los momentos narcisistas de la cura, donde el sujeto escucha dentro y habla en un sólo y mismo movimiento donde ello habla, pareciendo la palabra amoldarse al flujo psíquico sin falla ni corte.

En el segundo artículo la palabra se opone al narcisismo como el principio de realidad al principio del placer. Ella es lo que obliga al paciente a constatar que hay realidad de su imposibilidad de su relación narcisista. Hay ahí, también, una dualidad donde la palabra soporta e impone al sujeto. La palabra está situada del lado de lo real, representado por ....., como amo de la frustración. ¿Debería ponerse esto a cuenta del error transferencial?.

Me parece, no obstante, que la articulación de la palabra y de lo real como tales ganaría de ser precisada.

Es la misma cuestión que se plantearía, en fin, a propósito del fin de la cura como saber sobre la frustración. No es el analista —nos dice Stein— el que frustra al sujeto de su omnipotencia, sino que, la frustración es la realidad misma de la existencia. ¿Debería el psicoanalista, entonces, jugar los representantes de la realidad con el fin de volver a llevar ahí a su paciente?.

Fuerzo aquí el texto y es solamente con el fin de interrogar a Stein sobre el papel decisivo que otorga a la frustración. Me parece que la categoría más radical de la falta puede revelarse más manejable en los diferentes niveles de la estructura, permitiendo, por ejemplo, situar la castración en relación a lo frustración y articular, más precisamente, lo simbólico en relación a lo real y a lo imaginario. Cierro aquí estas observaciones que apuntaban solamente a introducir una discusión.

LACAN: —Sin demorarme en todo lo que hice decir a Conté, creo que dirigiéndome a Stein, él no puede más que reconocer que ahí está la exposición más estricta, más exacta, más articulada, más honesta y —agregaría—

más simpática, que se pueda dar de lo que conocemos actualmente de su pensamiento, en un esfuerzo que no ha dejado de sorprenderlo, en la medida que, indiscutiblemente, son avenidas, si puedo decir, que ya nos han servido, en gran parte, y que era, incluso, vuestro fin integrarlas, poner el acento en lo que, Dios mío, ellas les sirven... auténtica experiencia.

No es ahora que yo voy a valorizar todo lo que me parece en la posición que es la suya, guardar la marca de una especie de modestia o tensión, de frenado, ligada a otras categorías, que son aquellas, debo decirlo, más corrientes en las teorías comunes que se dan actualmente de la experiencia analítica y cuyos dos términos está muy bien marcado en los dos polos, en los que usted expuso, por una parte, la noción discutible y de la que no es por nada que yo no lo haya discutido hasta el presente, a saber, la del narcisismo primario. Considera que el punto de mi elaboración no era, hasta el presente, para ninguno de aquellos que me siguen, al menos, abordable. Verán que con las últimas notaciones topológicas que les di va a aparecer totalmente claro que la diferencia de lo que traje como articulación con lo que fue recibido hasta aquí en este orden, y mostré —al mismo tiempo—, lo que es siempre necesario, cómo la confusión pudo producirse, que hay ahí un nudo que antes de abordarlo uno se aproxima a él. No es ahora que voy a marcarlo. Quizás, incluso, no hoy del todo, aunque quizás fuera al final de la sesión, a dar una indicación de esto. Por otra parte, el centramiento totalmente articulado y preciso que usted da del esquema del psicoanálisis como descansando sobre la frustración, ya que dice usted que es alrededor de la frustración que se sitúa, incluso como usted dice, que ahí está lo que se llama, hablando con propiedad, la transferencia, a saber, que el analista es en el comienzo el representante para el sujeto del poder de la omnipotencia que se ejerce sobre él bajo la forma de la frustración y que, al final, la terminación culminará en este saber sobre el hecho de que la frustración es la esencia divina de la existencia.

Pienso que ahí también lo que hice y traje consiste, propiamente, en decir que no hay más que este eje y que, en todo caso, la definición que usted da en la página tres o cuatro del artículo sobre transferencia y contratransferencia, que lo que ahí de esto cuando usted dice que esto es, hablando con propiedad, la transferencia, es muy precisamente para decir lo contrario, que introduce la transferencia mediante la fórmula clave para obtener este punto de fijación mental en la dirección que indico, es, a saber, que la transferencia está esencialmente fundada en esto que para aquel que entra en el análisis, el analista es el sujeto supuesto saber, lo que es estrictamente de otro orden, como usted lo ve, de lo que desarrollo actualmente. Es esta distinción de la demanda y la transferencia que descansa, al principio en el análisis, alrededor de esta Entzweining de la situación analítica misma, para que todo pueda ordenarse de una manera correcta. Es decir, de una manera que haga, de un modo, concluir el análisis en un término, una terminación, hablando con propiedad, que es de una naturaleza esencialmente diferente de este saber sobre la frustración. Esto no es el fin del análisis.

Digo esto para centrar de algún modo, no digo que con esto cierre el debate, porque, al contrario, lo abro. Muestro que las líneas de fuga son completamente diferentes de lo que llamaría en resumen, su sistemática, lo que, después de todo, no tengo razón de considerar como corrido. Quizás usted lo reabra. Es su sistemática concebida, cerrada, con lo que tenemos actualmente, lo que presenta ya un cierto cuerpo.

Lamento, seguramente, que Conté en un esbozo, que puede decirse riguroso, viera que no llegaba completamente a ver el viraje, la transformación que se produce en su tercer artículo que contiene igualmente, cosas, a mis ojos, extremadamente discutible, fundamentalmente el acento que usted pone sobre la comunicación. Se trata, evidentemente, siempre del sentido que tiene la palabra del analista.

Subrayo, por otra parte, en el punto en que estamos del avance de las cosas, que no considero que vayamos a liquidar todo este debate hoy. El cuarto miércoles de Enero nos permitirá dar ...

En el punto en el que estamos del tiempo, ¿vería usted cosas que le parezcan buenas para decir?, o quiere usted, por ejemplo, dejar a Melman que también tiene algo para decir, a Melman adelantar lo que aportó?

STEIN: —Creo que vale más, primero, que deje hablar a los otros.

LACAN: —Bien, porque, después de todo, incluso, si hoy no tiene todo su tiempo de respuesta, estamos reducidos a un número limitado, justamente, por eso, para que consideremos... para que el registro de lo que recibimos pueda de aquí a entonces madurar. Otros, quizás, querrán intervenir. Doy la palabra a Melman.

STEIN: —Quisiera, de todos modos, antes de que Melman hable, decir cuánto aprecié la exposición de Conté.

MELMAN: —Retomaré las cosas en el punto mismo en que Conté las hizo partir. Del hecho de estos trabajos de Stein se puede pensar que merecen una atención tanto más simpática y cuidada, cuanto que parecen constituir una especie de reflexión sobre una teoría general de la cura psicoanalítica y que Stein hace partir rotundamente, reflexión que él hace partir del poder de la palabra del analista. Lo que dice Stein desemboca en el problema del poder de la palabra en general y que culminará al final de este primer artículo aparecido en la Revue française de psychanalyse, Marzo-Abril 1964, con esta fórmula: considerar el contenido de las palabras pronunciadas no basta jamás para dar cuenta del cambio producido por la palabra en aquel que la oye. Encarar, como lo hice aquí contrariamente a la costumbre, el discurso analítico de otro modo que desde el estricto punto de vista del contenido de las palabras pronunciadas, me parecen ser un paso a continuación del cual la inteligencia del susodicho contenido se encontrará fundada sobre la del poder de la palabra porque es sólo en apariencia que se

funda en la inteligencia del contenido para lo esencial, la acción consciente del psicoanalista para el progreso de la clínica.

El pequeño punto que se podría señalar es que pasar del poder de la palabra en el analista al poder de palabra en general constituye un franqueamiento, constituye un paso, por supuesto, a mis ojos totalmente deseable, pero que implica, no obstante, qué tenemos que ver en el análisis con el lenguaje. Y esta segunda proposición que se trata de considerar el contenido de las palabras pronunciados parece una ilustración conmovedora de lo que quiere decir, que se podría ir a buscar su valor, su peso, no solamente a nivel de su contenido, sino, igualmente, de su continente, para señalar ahí, por ejemplo, que a nivel de su continente faltan ciertos términos que son aquellos, muy simplemente, que me permite reintroducir aquí para la claridad de lo que quiero decir, que son los términos, por supuesto, de significante y significado, y cuya introducción, pienso, pone mejor sobre los rieles lo que Stein quiere decir.

En efecto, ¿qué dice el autor?. Retomo, aquí un puntito desarrollado por Conté. Es que la palabra en la cura tendría dos caras. Una es la del paciente que está ordenada, por la asociación libre y que orienta irresistiblemente al paciente en la regresión hacia una expansión narcisista, narcisismo primario, y de la que el bienestar extremo último, hipotético está ligado con el sentimiento de fusión con el analista, pudiendo la susodicha fusión figurar el reencuentro con el objeto perdido, mítico, primario del deseo. La otra cara de la palabra es la del analista, de la que este dispone y de la que puede servirse, sea para favorecer la regresión hacia esta expansión narcisista del tipo primario, sea introducir un inevitable corte, el de la realidad, del que inevitablemente el paciente lo haría agente.

No se puede sino señalar ya aquí la posición bastante particular acordada por Stein a la palabra del analista y que parece se aclara aún mejor en este último trabajo hecho muy recientemente, en los lunes, de Pierre Aulagnier, en último trabajo que lleva por título El juicio del psicoanalista, y donde el autor dice esto: la palabra excepcional del psicoanalista que viene a colmar la espera del paciente es, efectivamente, recibida con placer. Ella neutraliza una tensión un sentimiento de adecuación y de alivio, incluso si inmediatamente después debe suscitar la cólera, la oposición o la denegación. De ahí su comparación frecuente a una sustancia, alimento, esperma o niño, que vendría a llenar el vientre del paciente, hasta, quizás, que tenga náuseas, habiendo recibido una interpretación hacia el fin de la sesión. Una paciente responde: usted me ha dado placer, quisiera partir ahí . Y a la sesión siguiente ella evoca: el placer que tengo cuando usted me habla, el aspecto inesperado de sus palabras, y, sin embargo, como un milagro, pero esta comparación no me gusta, porque en el milagro —agrega la paciente— hay algo pasivo , y que la paciente tiene dificultad para explicitar y, sin embargo, se refiere al temor de que el placer no dure y que no pueda captar todo lo que su psicoanalista le dice. Y esto termina así: y no nos sorprenderemos de ver a continuación que ella habría recibido la interpretación como un niño, que su psicoanalista le habría dado, satisfacción culpable. Y me parece que es en el nivel aquí de una formulación devenida totalmente clara que se precisa, sin duda, lo que quería decir Stein cuando dice que el contenido no agotaba la palabra del analista. Y, en efecto, este contenido tal como es llamado aquí parece evocar ningún significado que llamaría por sí mismo alguna articulación significante. Pero, parece, esencialmente, evocar el lugar de donde la palabra del analista tomaría esta brillantez tan singular.

No creo forzar aquí el pensamiento de Stein citando, por ejemplo, esta frase, siempre en este último trabajo, cuando dice: la palabra del psicoanalista es siempre esperada como la repetición de una palabra ya pronunciada. Tendría tendencia, por supuesto, de decir: como la evocación de un lugar ya desde ahí, desde siempre. Continúo con Stein, palabra mítica, palabra fundadora, que lo establece a la vez —que establece al paciente a la vez— porque estos dos efectos son inseparables, en tanto que objeto del deseo del otro y en tanto que sujeto de una falta original.

Me parece que siempre acordándoles a estos elementos su lugar, que a mis ojos parece muy importante en el trabajo de Stein y en los efectos que provee, y diría que suponer que la palabra del analista se ejerce en este lugar, cuya brillantez tan particular apuntaba evocar hace un rato, supone, por supuesto, que el analista acepta o ratifica, plantea muy simplemente que su palabra viene de este lugar, y me parece que todo un cierto número de articulaciones presentes en el texto podrían eventualmente ordenarse alrededor de esta posición supuesta de la palabra del analista en la cura. Por ejemplo, cuando se dice que mediante estas libres asociaciones el analizado en la perfecta realización de su don —es una cita— busca realizar su palabra hacia este último lugar, que es aquel apuntado del analista. Se puede pensar, pues, que si mediante este don al analizado busca reunir aquí lo que lo puede parecer el lugar de la palabra del analista, es susceptible, eventualmente, de inscribir, digamos, un vivido, para simplificar en términos de fusión mítica, incluso en algo que puede, en este momento, tomar el término de esta extensión narcisista tan particular, susceptible de concluir en estos efectos extremos, es decir, el de una fusión con el analista. Hay un poco más en esto. Tengo la impresión que no dije esto del todo claramente. Veán, lo que quiero decir es que a partir de la localización de este lugar, que podemos preguntarnos si, efectivamente, a partir de este momento el movimiento del analista en la cura o es una tentativa de reunirse con un lugar a partir del cual, efectivamente, una fusión mítica puede desde siempre, quizás, ser supuesta, y, quizás, evidentemente, en este movimiento, situar algo que es este bienestar inefable, inscripto bajo el término de expansión narcisista primaria. Podríamos, igualmente, preguntarnos si situar las cosas así, quiero decir, la palabra del analista en este lugar, no viene esta palabra, que puede, ya sea, colmar esta represión narcisista ya sea, introducir el corte, si ver las cosas así no viene a recordar esta bivalencia corriente y frecuente que evoca una especulación frecuente que tiene, sin duda, su valor sobre el objeto bueno y el malo. Podríamos preguntarnos

si, igualmente, situar las cosas así no es algo que permite comprender por qué a mis ojos debo decir, eso apareció como bastante sorprendente, el hecho de que si el sujeto viene a faltar a la regla fundamental en la cura, pueda, inmediatamente, sentirse culpable de masturbación. Se puede decir, pues, que ahí también situando las cosas así, o culpable de alguna satisfacción autoerótica original. Podríamos, pues, preguntarnos si la negativa del paciente cuando viene a faltar a la regla fundamental de perder algo obedeciendo a esta regla impuesta por el análisis, si esta negativa del paciente no es algo que toma este carácter eventualmente autoerótico o masturbador, porque podría significar el temor o la negativa de perderse el paciente en algún objeto a precisar, que estaría preso, precisamente, en el poder y en las manos del analista, que, por ejemplo, en el diálogo de la cura pueden intervenir elementos que hagan intervenir el cuerpo, lo somático, al nivel de un malestar que la palabra del analista sería susceptible de levantar.

Debo citar ahí, aún, algunas frases que me parecen totalmente claras y totalmente interesantes en la declaración, en el texto de Stein. Dice, por ejemplo, esta: levantando la incertidumbre, esta palabra del analista suprime, al mismo tiempo, el malestar. Pero, esta incertidumbre, al paciente ya la habla levantado radicalmente al traducir su malestar en una afección más o menos determinada de su cuerpo, fenómeno muy próximo a aquel de la complacencia somática que Freud estudió a propósito de la historia de Dora. A un cierto malestar en la espera de la palabra del psicoanalista, el paciente habría sustituido un sufrimiento que invitaba a la representación bastante precisa de la sustancia o del acento físico necesario para su supresión. Esto le permitía, al menos, saber qué le faltaba. Le había bastado tomar modelo de un sufrimiento experimentado en otro tiempo en razón de la acción, factor natural. Y así se explica el hecho de que la palabra del analista pueda actuar como si fuera una sustancia o un agente físico.

Tendría tendencia, por otra parte Stein dice en otro lugar, no es perfectamente que esta palabra del analista es igualmente la misma que, en fin, está todavía mucho mejor graficado cuando, por ejemplo, Stein la compare al alimento. Esta palabra que tiene por efecto entrañar una modificación corporal tal como el alimento calma el hambre o como los rayos del sol suprimen la sensación de frío. Ya he subrayado — dice Stein— que la palabra podía, dado el caso, hacer desaparecer un dolor de muelas a un dolor de cabeza. No es raro tampoco que calme una sensación de hambre o que caliente. Tal identidad de los hechos podría dar a pensar que es el sustituto de una sustancia o el agente de una acción física o que es de la misma naturaleza.

En fin, tendría tendencia a ver, igualmente, en esta posición, en este lugar particular acordado a la palabra del analista, algo que haría quizás el encaminamiento lógico del autor, se encuentre comprometido en un sistema perfectamente binario. Conté dijo, dual, hace un rato: un sistema binario sostenido por un modelo fundamental y que tendría tendencia a ver como esto, no algo que sería así, por ejemplo, bajo la fórmula ser o no ser, sino algo que sería, quizás, más bien, ser o no ser aquello.

En fin, le preguntaría también si no es a partir de este lugar, de este lugar acordado a la palabra del analista, que se encuentra forzosamente planteado el problema del fin de la cura, en esta situación cerrada o efectivamente, como lo hace Stein, no pueden ser inscriptos, no pueden ser traducidos más que en términos, de artificio, técnicos. De decir que, por supuesto, Stein no lo hizo. En sus palabras, en los textos que estudiamos no va más allá de esta introducción. Pero, en todo caso, sin embargo, es así. Quiero decir, en términos de artificios técnicos, que este fin de cura es evocado. Y efectivamente, con seguridad podemos preguntarnos cómo en esta situación dual, relativamente inmóvil, y situando en este lugar la palabra del analista, las cosas podrían ser tan diferentes. En fin, para terminar el autor plantea, por supuesto, el problema de la verdad. ¿Cómo —dice Stein— podría, el analista hacer de su palabra la garantía de verdad, mientras que el paciente en la transferencia le atribuye un poder que no tiene?. Lo que desemboca, por supuesto, en fórmulas que hacen del analista un engañador, muy simplemente, él mismo engañado. Y diría que es, por mi parte, efectivamente, lo que sería llevado eventualmente a situar, quiero decir, en tal articulación, aunque, después de todo, veo mal, efectivamente, cómo podría ser ahí de otro modo si el analista no fuera llevado, quizás, no fuera conducido a llevar otra cosa al lugar del señuelo. Stein agrega todavía no habría psicoanálisis si el psicoanalista, pretendiera plantearse en todo momento como fiel servidor de la verdad.

Releo esta frase no habría psicoanálisis si el psicoanalista pretendiera plantearse en todo momento como fiel servidor de la verdad.

Debo decir que, por mi parte, no estoy, en absoluto, de acuerdo, por supuesto, con esta conclusión, que pienso, muy por el contrario —termino de un modo abrupto y un poquitito rápido— que el análisis tiene, por el contrario, esta relación fundamental a la verdad y que si el psicoanalista no pudiera, efectivamente, ser constantemente su garante, correríamos el riesgo de volver a encontrarnos en estas posiciones de señuelos, en estas posiciones de engañador engañado con las consecuencias que esto puede tener sobre el desarrollo de la cura, que intenté, quizás, de manera un poquitito difícil o no siempre muy clara, de escribir en mi informe.

LACAN: —Son las 2.02, les pido aún dos minutos. No pienso que Stein responda hoy. El tiempo falta totalmente y pienso que las cosas deben ser retomadas. Una parte solamente de la dificultad del texto de Melman viene, ciertamente, de que este artículo sobre el juicio psicoanalítico de Stein no ha sido suficientemente presentado. Pienso que no escapa al mismo Stein esto que voy a aclarar enseguida, de que, en suma, Melman se dedicó a la lectura de un artículo esencialmente fundado sobre la función de predicación del analista. Es de alguna manera, en la medida en que esta predicación, dice usted, es esperada, que usted nota a nivel de cuatro resortes cuales son sus efectos. Para explicar estos efectos, incluso Melman supone de su parte una aprehensión

más central de esta función de la palabra del análisis. En suma, la leyó, se atreve a leerlo más allá de todo que usted mismo osa ver. De todos modos, todos pueden seguir este lugar que él designa y es una interrogación. No es una toma de posición. Es por eso que él lo designó fundamentalmente, precisamente, a fin de cuentas, el lugar del objeto a. Usted lo sintió a lo largo de la exposición de Melman, y esto aún plantea problemas, ya que también sería de la naturaleza de esto reformar toda la cadena de su concepción, sino la nuestra. En fin, la nuestra desde hace diez años de la relación del paciente a la palabra del analista que no guía casi a nada menos que a hacer una posición constituida, no ahí, en absoluto, no se trata del masoquismo, —hemos dejado completamente de lado hoy nuestra concepción del masoquismo, porque ella plantea demasiados problemas— sino una concepción de algún modo hipocondríaca de la función de la palabra del analista.

Naturalmente todo concluye, él lo hizo concluir, admirablemente en esa dificultad que usted planteó. ¿Debe el analista ser el fiel servidor de la verdad?

Es lo que aporté recientemente al decir que no hay lo verdadero de lo verdadero. ¿Es que no está ahí lo que le permitiría corregir lo que tiene de algún modo de simple aproximación, esta noción, desde luego, de que el psicoanalista no puede ser el fiel servidor de la verdad, por la razón de que no se trata de servirla?. En otros términos, no se puede servirla. Ella no sirve nada. Si el analista tiene una posición a definir es en muy otra parte que en la de una Behajung, que nunca es, en efecto la repetición de una Behajung primitiva. Es más bien, justamente, lo que fue introducido durante el debate interno en nuestra Escuela, al que Green, que había tenido algún eco de esto, hacía alusión hace un rato. Si, justamente, el analista está en una cierta posición es en aquella que no está en absoluto. Diría que hemos hablado, no todavía dilucidado, es la Verneinung precisamente.

Les doy esto como última sugerencia. Si quieren, es a partir de ahí que podremos retomar el cuarto miércoles de Enero este debate, por lo tanto, lo dejo simplemente abierto.

Pienso que, de todos modos, si se trata de Stein, hoy tuvieron para su hambre. Es inútil agregar que lo que fue esbozado y que planteo como última cuestión, ¿no hay una profunda confusión en esta especie de valor prevalente, de valor siempre de punto de aspiración que tiene la pulsión oral en todas nuestras teorizaciones del análisis?, ¿no viene eso de un desconocimiento fundamental de lo que puede tener de orientador, de director, en tal punto de fuga, el hecho de que se olvide que la demanda se pronuncia, cualquiera sea ella, con la boca?.

Nota del Traductor

1-{ La exposición de Green se encuentra editada en: Objeto castración y fantasía en el Psicoanálisis, (Siglo XXI. España, 1972) }